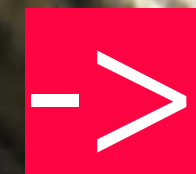


ÁRREBOL INVESTITIDO

2013 / No. 57 / enero-abril



Árbol Invertido

«Revista Literaria de Tierra Adentro»
II Época / No. 57 / 2013 / Enero-Abril
Ciego de Ávila, Cuba

Fundada el 15 de febrero de 2005
Proyecto independiente
(I Época: Mensual, 2005-2009, números
1-56)

Ilustraciones: fotos de Francis Sánchez
Diseño y multimedia: Santiago Bermúdez

Director y realizador: Francis Sánchez

Dirección:
Calle Martí, 352, e/ Estrada y Chicho Torres,
Ciego de Ávila, Cuba, cp. 65200

arbolinvertido@gmail.com

*¡Libertad, por tu amor en la patria
Que con ojos del alma contemplo
Cada monte conviértese en templo,
Cada palmo de tierra en altar!*

FRANCISCO DÍAZ SILVEIRA

La verdadera libertad no crea un impulso
autónomo inexorable, sino un ajuste
querido en cada parte. No la confiere la
elección (principio popular) sino la visión
(principio aristocrático).

FINA GARCÍA MARRUZ

Tierradentrismo (Manifiesto del Grupo Literario Árbol Invertido) /5
Árbol Invertido • Ileana Álvarez /7
Plma negra • Virgilio Piñera/9
Los árboles del Casino • Rafael Almanza /11

CÁMARA DE LAS BALANZAS

El logro humilde, María Luisa Milanés • Ileana Álvarez /17
Epitafio • María Luisa Milanés /19
Novela El cazador, la aventura mayor de un poeta • Francis Sánchez /20

PALMA NEGRA

Carta semiabierta a Director LV-9 • Otilio Carvajal /25
Versos «mal hablaos» • Anónimo /32

DÍA~LOGOS

Árboles creciendo para abajo • Francis Sánchez /36
Cartas • José Cabrera Díaz /40
Poesía • José Inda Hernández /43

RAÍZ AL CIELO

Puente • Francis Sánchez /48

JARDINES INVISIBLES

Sueño de soledad [poesía inédita] • Modesto San Gil /55

RAMAS ADENTRO

Árbol que nace invertido • Grupo Literario Árbol Invertido /63
Índice de Árbol Invertido, I Época (2005-2009) • Grupo Literario Árbol Invertido /67



TIERRA DENTRISMO

MANIFIESTO DEL GRUPO LITERARIO «ÁRBOL INVERTIDO»

Ser para la trascendencia natural es la única disposición poética con un mensaje veraz, abierto, y a este rayón del espíritu, al porqué de su forma agónica, un salto sobre el vacío, nos adherimos. La poesía del ser no teme entrar a tierra o ahogarse en la orilla cuando todo parece que se encumbra a la conquista de costas imborrables, traspasada dentro de la indeterminación vital donde la eternidad destila en permanente transformación, ideologías y galaxias. La poesía, música interna en el caracol de la verdad, fermenta pérdidas elegidas a expensas del sacrificio de infinitos puentes en que pudiéramos convertirnos, humanas culpas cuando amanezca, si amanece, por no haberlos soñado o recorrido desde mucho antes, desde adentro.

Observamos el desgaste de la historia dejando sentir, primero, el honrado horror al vacío. Horror necesario, viene de vuelta del futuro, estalagmita al fondo de una cueva donde los signos como lados opuestos del alma se buscan sin poder verse. Defendemos nuestro derecho a habitar el exceso, en primer lugar el de patrias, y sobre todo la posibilidad de las imágenes, el subsuelo, herencia de las interminables filtraciones que nos superan. Habitar, en acto de desconocimiento de aduanas, el silencio con instinto de fondo, que elabora su semilla, su origen y tantea un absoluto, el umbral del lenguaje donde la poesía juega, se excitan los amantes y, conjurados, ejércitos de déspotas y atracadores detienen su avanzada. Aquí, en ser —por ejemplo, de «tierra adentro»—, ese íntimo y antiguo desafío al abismo, tenemos la alternativa actual y más promisoría para el poeta en medio de dudosas competencias modernas. El peso de tanto sueño como un despertar, frente a las máscaras, provee, con el beneficio de la derrota, mayor libertad simbólica: suma de resistencias al caos, a la mentira, al éxito, al poder, al oportunismo, a la inmisericordia y a los viajes sin retorno. Ser de «tierra adentro» no significa sólo hallarse perdido en la geografía po-

lítica que ha sido acordonada entre izquierdas y derechas, a través de sistemas refractarios, sino sobre todo hallarse y —sea en lo efímero, sea en lo firme—, siempre perdido, lo más adentro posible.

Bajo las circunstancias de un mercado universal se teme a definiciones y bancarrotas. Tememos al mercado, al desarraigo y a la fortuna. Cuando, para nosotros —en un aquí y un ahora que, entre otros, tiene el nombre de Cuba— las revoluciones quedaron resumidas o agotadas, y los los (re) agrupamientos libres suelen ser acusados de marginales por la policía del pensamiento, mientras cada verdad auténticamente humana, múltiple, está puesta contra la pared, como cualquier iniciación, por absoluta y avara, el sueño de un límite común, una revista totalmente literaria, significa simplemente el sueño. Cuando los que cantan despiertan sin querer en una picota pública y deben cruzar el ruido manteniendo apenas la aorta separada del bronce, un Manifiesto no es menos perentorio que conocer y fijar un espacio mínimo al borde del abismo. Por tanto, esto no es un Manifiesto, sino su búsqueda.

Quizás ramas decadentes de la intelectualidad cubana pueden yuxtaponerse desde el tronco infinitamente, porque, en vez de errores de cálculo o cualquier otra afectación estilística, obedecen a una estación, un estado, como la fatalidad de deberse a un pueblo sumido por relatos que le demandan aparentes destinos de grandeza y soberbia. Consecuencia mórbida es el retoricismo, automatismo en todas sus variantes de imposiciones y vergüenzas que derivan en la palabrería, relación de culpabilidad, incluye lo mismo el discursivismo ampuloso que la «charlatanería de la parquedad», además de esos superficiales efectismos que de tanto en tanto manosean una necesidad patética de ruptura, sin crisis real, sin el peligro de perder las alas. El mal puede ser incluso un mar de fondo. Martí tal vez lo vio —y nadie amaba tanto su idea de tierra prometida: «*el arroyo de la*

sierra/ me complace más que el mar», lanzado a crearla o imaginar su desconocida fuerza interior, rodearla con imágenes— cuando, al enterarse de la muerte de Casal, lamentando la pérdida del lírico que dentro de su propia ciudad había sufrido también destierro por culpa de su «fantasía elegante y enamorada», se apoyó sobre el contén de otra realidad el doble de triste: «pueblo servil y deforme».

Visualizaba Martí siempre como por encanto el interior del espacio a que pertenecía, de donde estaba expulsado, configuraba ese centro habitable desde los naufragios en el vasto exilio y vivificó su imagen ideal en la forma poética de la oscuridad que expresa ambiente íntimo, dimensión de la persona intuitiva —«*dos patrias tengo yo, Cuba y la noche, ¿o son una las dos?*»—, pero terminaría habitándolo como mejor sabe la poesía, a través de sus manifestaciones metafóricas más sensibles, el exceso humanista de la naturaleza, lo que él llamó «noche bella». El espacio vivo ofrece un momento de anagnórisis, desborde animista que activa además una metáfora del alma de gente seca, oprimida y atascada. Era el monte intrincado de la más íntima provincia de su patria, a donde él entraba por primera vez, persiguiendo el espectro de la libertad, en un mes de lluvia y flores, donde lo esperaba la muerte: «La noche bella no deja dormir» anotó entonces en su diario.

Es hora de regresar, como el hijo pródigo, al seno de la Naturaleza, al sueño. ●

ÁRBOL INVERTIDO

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966). Graduada de Filología en la Universidad Central de Las Villas (1989). Máster en Cultura Latinoamericana. Directora editorial de la revista *Videncia*. Tiene publicados, entre otros, los títulos: *Libro de lo inasible* (1996), *Oscura cicatriz* (1999), *El protoidioma en el horizonte nos existe* (2000), *Los ojos de Dios me están soñando* (2001), *Desprendimientos del alba* (2001), *Inscripciones sobre un viejo tapete deshilado* (2001), *Los inciertos umbrales* (premio «Sed de Belleza», 2004), *Consagración de las trampas* (premio «Eliseo Diego», 2004), *Trazado con cenizas* (Antología personal, Ed. Unión, 2007), *El tigre en las entrañas* (Crítica, 2009), *Escribir la noche* (2011), *Trama tenaz* (2011) y *Profanación de una intimidad* (ensayo, 2012).

Volverme pies arriba,
ramas adentro, raíz al cielo
como un árbol invertido.

Volverme, sí, confundiendo los pájaros
que torpes anidaban mi pequeñez.

Confundir a los vientos,
el envés de la noche,
los arcos indomables,
la tarde, su jauría.

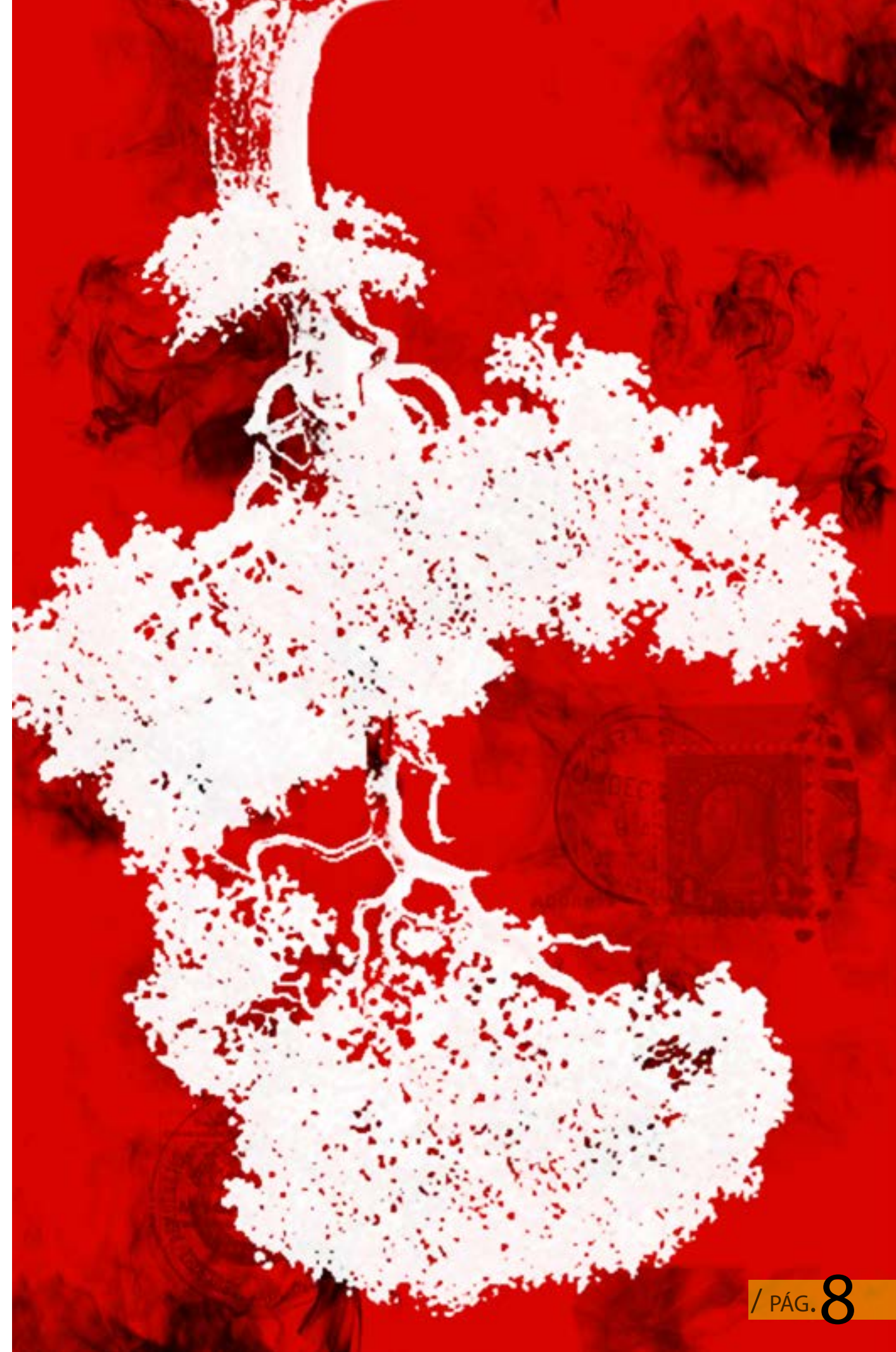
Las profundas gargantas de los cuervos sosegar,
las sucias transparencias,
el salto no escuchado
del suicida, los nudos,
las vacías ofrendas.

Mostrarles la dureza de mis líneas más íntimas,
mi piel de polvo y llama,
unas cuantas metáforas de praderas y ciervos,
Islas, blancos tallos
que cuecen mi estrenada sangre.

Como en un laberinto de espejos, infinito,

confundirlos a todos,
que no logren llegar jamás
hasta la estrella que en el centro
muere y renace, infinita también,
que no toquen sus giratorias espadas,
el fuego líquido en los labios.

Abrazar la lluvia con mis piernas.
Beberla luego mis cabellos,
los ojos.
Ah, verlo todo distinto.



PALMA NEGRA

VIRGILIO PIÑERA

Es preciso que de una vez
descubramos la palma
que tiene negro el penacho.
Nuestros muertos en su cimera
esperan ser enterrados.
Allá arriba están en sus lamentos
que el viento propaga implacable.

En la sabana todo parece verde,
pero esa palma, ¡oh, esa palma!

A la cacería de esa palma,
la señora de la esquina,
el zapatero del barrio,
irán vestidos de verde.

Toquen el cornetín,
enfilen los perros,
revienten los caballos.

En la sabana todo parece verde,
pero esa palma, ¡oh, esa palma!

Si no es esa, si no es aquella,
si el zapatero del barrio
jura por todos los santos
que su perro la ha olfateado;
si la señora de la esquina
caracolea sin descanso

dando voces a su Pedro
que está allá arriba en la palma;
si el telón de fondo verde
encabrita los caballos,
¿cómo dar caza a la palma?

En la sabana todo parece verde,
pero esa palma, ¡oh, esa palma!

1962



LOS ÁRBOLES DEL CASINO

RAFAEL ALMANZA

A Eudel Cepero: 1999.

1

ODA AL CEDRO

¡Esa sustancia
Se deja trabajar, se entrega en obra!
¡Oro oscuro, excelencia
Y servicio! ¡Tu vida fue: tu carne
Ahora vivimos, Cedro! ¡Y tu perfume
Sobrevive! ¡Mi casa que sostienes
Con tus vigas para toda la Tierra!
¡Y yo, solo, echándome en los versos, conversando
Con hermanos y amigos!
¡Tálame, Amor, de un hachazo deslumbrante!

14 de enero de 1990.

A Daniel Morales.

2

UN LAUREL

Mientras a tu vera los hombres intentan y destruyen
Tú, bello laurel, sabes que ha llegado ya la primavera.
Otra mudanza, otra ley, esa que vives
Desde todo tú mismo, pues tú eres
Centro de ti en tu figura
Razón y voluntad en cada sortija en que te engendras.
Las aguas alegres sobre ti, y el cielo,
Y el ritmo del rumor. Y tú en el mundo
Erigido y cabal
Sin atentado contra nada, espléndido.
¿Quién pudiera alzarse contra ti, qué brío
Que no se condenara en el asalto, fuera
Verdugo de tu impulso, de la ascensión
Terrestre?

Dime ahora en el espacio
De tus frutos que granan, qué milagro

Puedo esperar de mí, qué bondad todavía

De la sonrisa universal merezco.

Porque a tu sombra voy, en reverencia,

A contemplar mi enigma

Como severa admonición que nunca

Quisiera ya olvidar:

Tu misión de silencio en la forma del tiempo

Cumplida.

Junio, 1989.

A Antonio Domínguez.

3

FLAMBOYANES DEL RIO

¿Por qué somos tan pródigos con nuestras vidas

Que las regamos así, a lo largo del río,

Con la misma insurgencia poderosa

De los flamboyanes en junio? ¿Qué lujoso sentido

Nos obliga a regalar rendidamente

La hora que ya sabíamos que íbamos a vivir
Con todo el fuego? ¿O está allí, en esa inflorescencia
desmedida,
En ese alegre ofrecimiento ciego,
El triunfo de todas las raíces
Signadas por el inexplicable Amor?
No me doy para vengarme de no haber recibido
No me doy para que me des, no me doy para salvarme
ni salvarnos.
Nos damos porque sí, por la alegría secreta
Indescifrable.

¡Arrástrame en el murmullo delicioso,
deslízame de la tarde en la curva,
Hacia el ejercicio de la luz
En las copas de los abiertos flamboyanes!
Sus ramajes como dedos numerosos, como manos aliadas
La arquitectura que erige el techo rojo del alba
La cúpula en la cúpula de paz.
Estamos recibiendo con el pecho descubierto

El curso de las aguas destinadas, arduo
Y jubiloso también. Y así nos vamos
Con los ricos esmaltes de la aurora, a inaugurar
La Isla en nuestra libertad, el Amor Nuevo.
¡Victoria, victoria!

19 de junio de 1989.

A Reynaldo Chinaa.

4

LA CEIBA DE LA REPUBLICA

Esta ceiba fue sembrada por los alumnos de las escuelas públicas el 20 de mayo de 1902, inauguración de la República.

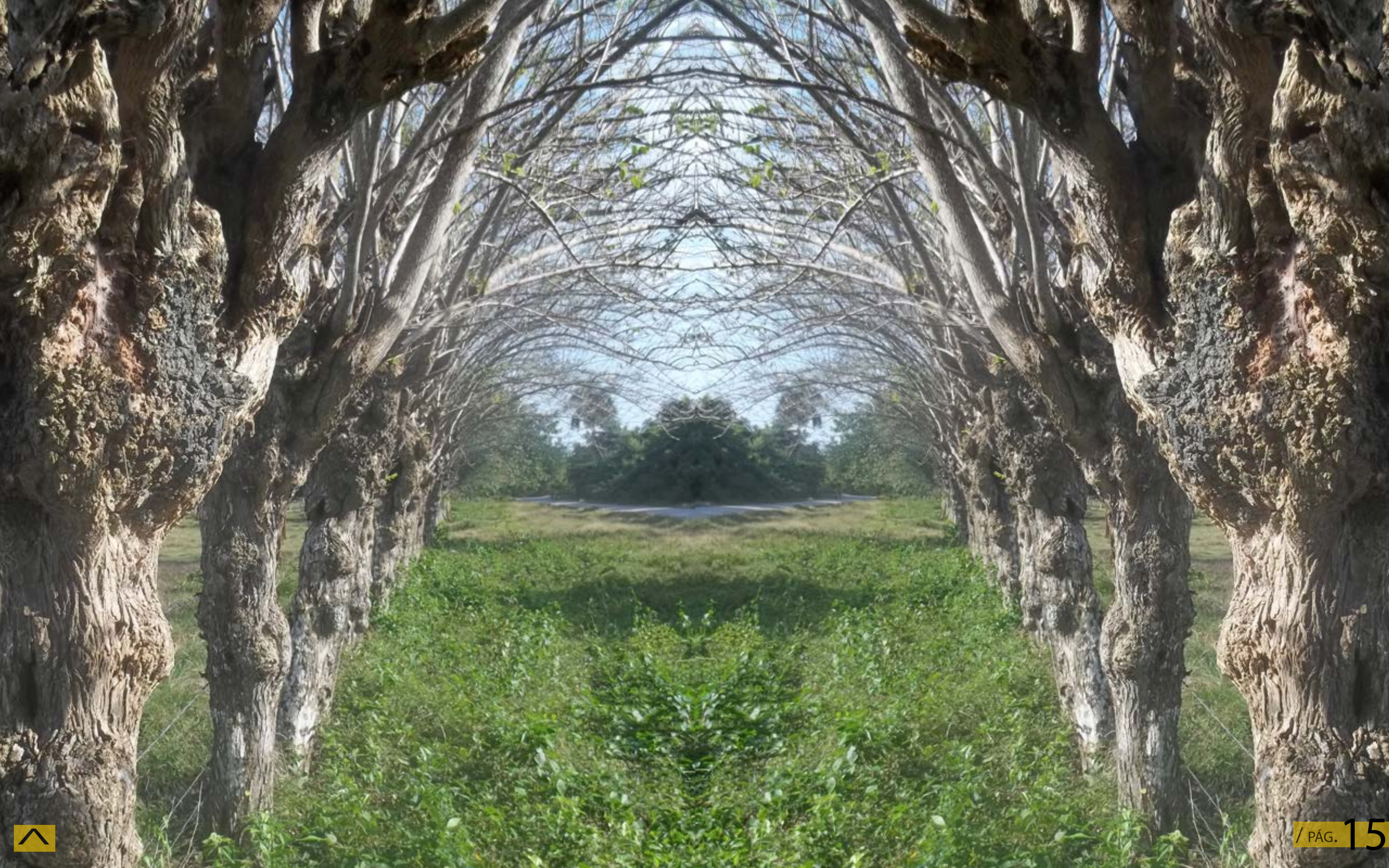
Para la siembra de hoy, no traemos más memoria que la
del alba de los sueños feroces
Lo que fuera alegría de la sangre y sangre puramente derramada,
Incendio de la entera justicia, justicia de la inflexible pasión.
De la extraña locura de nuestros padres, de sus ambiciones

pueriles y fantásticas, de sus flaquezas y cóleras insalvables
Responderemos sólo con las nuestras.
Les guste o no, con nosotros comienza otra vez la historia
de la Isla, y se inaugura el mundo en nuestra voz.
Para cavar esta cuna traemos justamente las manos
absolutas de quien se entrega siempre
De quien no ha necesitado poseer.
Para darte, Ceiba, vida soberbia y prodigiosa
Traemos el agua de nuestras lágrimas de júbilo, el azoro
de ver, callar, reír.
En coro nos reunimos en torno al círculo de tus futuras raíces:
Somos uno en tu eje, y somos fuente en el uno
La libertad de la alianza y la alianza de la libertad.
Para cada uno de nosotros, gloria:
Que cada esmeralda tuya respire el oxígeno divino,
el coraje del sol.
Para ti, el abono increíble de nuestros deseos
Pugnando por hundirse en el abrazo de la tierra,
alzándose a la locura del cielo,

Esculpiendo en cada día el oscuro gesto de la eternidad.
Desde ti, la fe:
Porque no hay otra fuera de tus ramas maternas,
Porque no hay sombra fuera de tu escogida luz.
Nadie nos privará de la patria por atrevernó a pensar
con nuestro decoro de hombres,
Nadie nos sacará de tu extendida raíz.
Contra todos los extravíos de la historia tú seguirás
tejiendo la semilla de la tribu de los niños,
Contra todos los desvíos de tus hijos tú seguirás buscando
el reino simple del amor entre los hombres
La escultura generosa de tu nombre, República de Cuba,
por todas las islas y los siglos.

Camagüey, 28 de junio de 1989.

A Carlos Sotuyo.



CÁMARA DE BALANZAS



MARÍA LUISA MILANÉS, «EL LOGRO HUMILDE»

ILEANA ÁLVAREZ

(Ciego de Ávila, 1966)

Entrados ya en el siglo XXI, cuando existe distancia propicia para lograr esa objetividad que siempre se reclama, la literatura cubana de la República (primera mitad del siglo XX), necesita repensarse. Parece imprescindible iluminar, dentro de aquella dinámica fundadora, zonas que han permanecido ocultas por disímiles razones, pues sin ponerlas a dialogar con el canon resulta imposible entender a cabalidad el complejo proceso literario que nos ha permitido arribar a la literatura de hoy. Zonas extrañas, cruzadas por silencios y misterios, estremecimientos de alas que no se perciben con lucidez; criaturas atormentadas que no lograron definirse del todo, o que iban a inscribirse precisamente a través de lo larval y trunco de su obra y de una existencia frustrada. Constituye, en muchas de sus partes claves, una literatura secuestrada por «profesores mansuetos y pasivos archiveros» —calificativos de Lezama para un tipo de académicos y críticos miopes que aún proliferan entre nosotros—, y a la que resulta necesario rescatar, para descubrir «junto a la rápida ganancia de la calidad que sopla en ajenos sitios, también la otra pequeña adquisición del tranquilo logro humilde, de lo frustrado que una vez la gracia animó».

En el siglo XIX figuras como Casal, Juana Borrero, Zenea, Carlos Pío Urbach, y otros, asoman entre estos seres que no lograron completar la sólida expresión de sus potencialidades, aunque desde su mismo centro sesgado aportaron sustancia al devenir lírico. Y, al cerrarse el crisol identitario de las luchas independentistas contra la metrópolis española, el siglo XX en Cuba muestra a nuevos poetas de resonancias semejantes, como José Manuel Poveda, René López, y otros menos conocidos, entre los que está María Luisa Milanés (Jiguaní, 1893-1919). De ella, acaba de salir a la luz, por la Biblioteca de Literatura Cubana, una compilación de toda su obra bajo el ilustrativo título de *Cuando ya la muerte deja de ser silencio*. Labor ingente desarrollada por el investigador Alberto Rocasolano, quien, además, realiza

el prólogo y aporta una muy interesante iconografía de la autora, junto a cartas y testimonios de familiares y amigos.

Cuando se creía que casi toda la obra de María Luisa Milanés estaba irremediadamente perdida, un buen día, entre la papelería de Max Henríquez Ureña, donada al Instituto de Literatura y Lingüística, se descubre una gran muestra de su poesía mecanografiada, sobre la que trabajó más de una década el compilador, lo que unido a lo publicado por Juan Francisco Sariol, amigo y admirador de la poetisa, en *Orto*, y otros trabajos esparcidos entre distintas publicaciones y archivos particulares, conformaron el tesoro que hoy se pone a consideración de lectores y estudiosos.

Pudiera reprocharle al facilitador de esta compilación cierta molestia que experimenté leyendo algunas zonas del prólogo que insistían en las influencias de la poetisa, enfatizaban problemas de tipo estilístico y filológico, o por conceptos manejados en el análisis de su personalidad, como este: «El equilibrio y la depuración artística no son favorables para esos seres ganados por el demonio, cuya fuerza expansiva es portadora de ansiedades desmesuradas, las cuales regularmente propenden al límite». Criterios discutibles, aún más cuando se utilizan para certificar las «imperfecciones» y «deficiencias» de la autora. Pero sería injusta si no me repusiese a tales desacuerdos para aplaudir, por encima de estos detalles, los méritos de la edición, y el mayor de todos: presentar al lector, reunida y sistematizada, una gran parte de la poesía de nuestra Milanés femenina, suma rara y sorprendente por sus calidades, que permite situarla en la vanguardia de la lírica de su época, a pesar de haber sido en cierto modo un alma cautiva y vivir y morir en la provincia oriental, región cultural que sintetiza los márgenes agrestes dentro de la «ciudad letrada» en Cuba.

La labor primaria de Rocasolano abre oportunidades para futuros estudios, tal vez como los que reclamaba Lezama, que vean, en la frustración,

hervor. Deben de sucederse acercamientos también desde modernas perspectivas, pienso en una crítica feminista alejada de esencialismos reduccionistas, porque esta joven que optó por el suicidio —pues «era incapaz de matar a lo que amaba»—, devino en definitiva un ser excepcional y adelantado para su época.

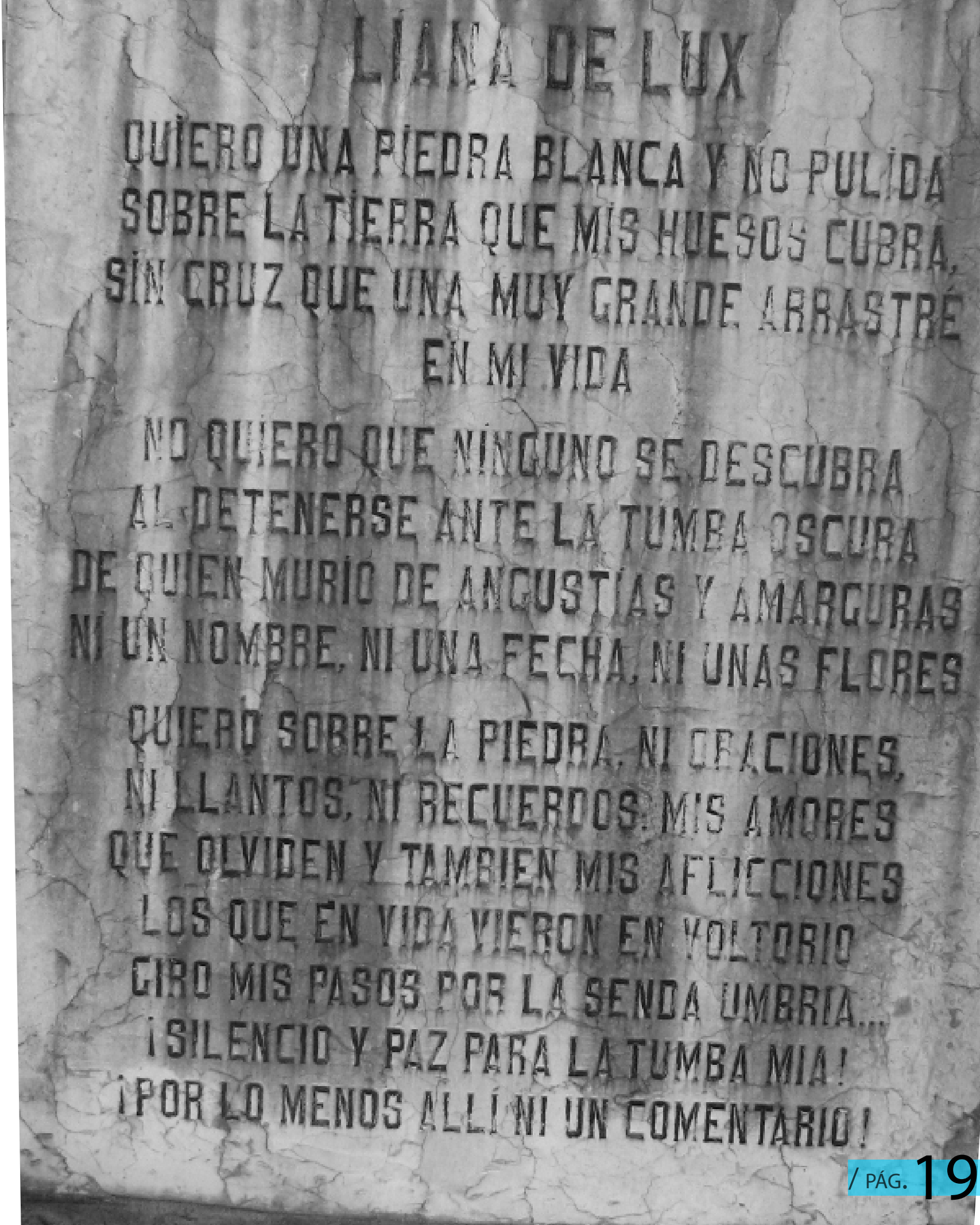
Había nacido en el seno de rica familia de hacendados —su padre, el general Luis Ángel Milanés, fue veterano de la Guerra de independencia—, algo que no le impidió enfrentarse, con valentía inusitada, a los convencionalismos de una sociedad patricia y patriarcal. Sus apenas veintiséis años de vida bastaron para proyectar la personalidad rica, contradictoria, de quien estuvo obsesionada con el conocimiento, con la búsqueda de oportunidades para las mujeres, y demostró que se podían subvertir los roles malintencionadamente atribuidos a un sexo «débil». La «Autobiografía», incluida al final del libro, igual que muchos de sus poemas, hace que sobren muchas imputaciones, constituye manifestación clara de sus ideas y personalidad.

La poeta, ya separada de su esposo Ramón Fajardo que constantemente la humillaba a través de sus infidelidades, su vida veleidosa y carente de espiritualidad —le prohibió tener en casa una máquina de escribir, consideraba la literatura una pérdida de tiempo—, mantuvo una relación espiritual muy cercana con el Dr. Enrique Pérez Fernández, y fue objeto del comentario maledicente de la falsa élite pueblerina. Quizás por su espíritu romántico, al verse incomprendida, definitivamente opuesta a la fatua moralidad de la época, sin tener dónde descansar su cabeza —algunos testimoniantes consideran que sus supuestas mejores amigas echaron a rodar los malos comentarios—, decidió en un acto desesperado poner fin a su existencia con un disparo.



Visité este sitio por primera vez en el 2003, cuando tiré muchas fotos, pero, al revelar el rollo, ninguna había salido. Pude volver seis años después y me llevé conmigo esta foto. Tumba de María Luisa Milanés en el cementerio de Bayamo. Junto a la piedra blanca que ella pidiera («*Quiero una piedra blanca y no pulida/ sobre la tierra que mis huesos cubra*»), la estela, donde aparece grabado este mismo poema-testamento y se identifica a la joven poeta suicida por su seudónimo, Liana de Lux, contradice su voluntad última de que el lugar no estuviese señalado («*Ni un nombre, ni una fecha, ni unas flores*»), aunque por lo menos se ha respetado literalmente su deseo de que nada fuese escrito «*sobre la piedra*». (F.S.R.)

Presumiblemente, la noche antes había escrito su «Epitafio», manifestación plena de un espíritu especial que, incluso en el breve curso de un relámpago, nos calentó, pese a que seres oscuros como los de Fajardo no sólo quisieron destruir su obra, impedirle crear, sino también luego arruinar su moral y borrar su nombre. Hoy día, sus restos descansan en el Cementerio de Bayamo. Su tumba reproduce los deseos de la poeta y allí se lee su «Epitafio». Toda la furia de la Milanés resumida en estos versos, «especie de embriaguez nocturna, de reflejo último, y cansado», que nos ilumina, por siempre, como otro misterio:



NOVELA *EL CAZADOR,* LA AVENTURA MAYOR DE UN POETA FRANCIS SÁNCHEZ

[...] en ese absoluto fijarse en un hecho, dejar caer el ojo, no como la ceniza que cae, sino deteniéndolo, hasta que esa cacería inmóvil se justifica, empezando a hervir y a dilatarse.

«Julián del Casal»

JOSÉ LEZAMA LIMA

La aparición de la novela *El cazador* (Ed. Letras Cubanas, 1986) de Raúl Luis, conocido hasta entonces sólo por su obra en verso, acaparó desde un primer momento el elogio de crítica y lectores. Se celebraba el encuentro con un «avis rara, sin precedentes en la literatura cubana.»¹ Esta aceptación alcanzó su colofón con la entrega del Premio Nacional de la Crítica, como uno de los diez mejores libros publicados ese año, lo que afianzaría el comentario general de estar ante «una de las obras más sorprendentes y audaces de nuestra actual literatura»; y, desde bien pronto, haría levantar voces que, con el reclamo de una necesaria reevaluación, llamaran a una segunda y más concienzuda salida de imprentas («requiere ya de una cumplida reedición»),² aun cuando esto no era ni es una tradición en editoriales cubanas. Al transcurrir unos veinticinco años de aquel alumbramiento, pasada la prueba de un tiempo razonable, se cumple este justificado reclamo, y no puede parecer menos justo que lo haga una casa editora como Oriente, en cuyo nombre hierven resonancias de esa fragua de la nacionalidad que hemos visto resplandecer en la obra del «Guajiro de Tamarindo».

La primera noticia de la existencia de los «personajes» de *El cazador* la encontramos en el poemario *La serena lámpara* (Eds. Taller Experimental de Gráfica, La Habana, 1981), cuadernillo que se estructura a partir de la presentación de los heterónimos: Andrés Gaspar Rojas, Pastor Urrutia Moreno y Gil Toribio, cuya muestra poética es antecedida por esbozos biobibliográficos, y donde, del ortónimo Raúl Luis, se dice que es «investigador y fabulador del grupo Yaguajay», al tiempo que se afirma que «los textos que integran este cuaderno forman parte del libro *Aventura de la invención* que prepara actualmente». He aquí el germen de la novela. Pero el origen y formación de este singular universo ha tenido lugar mucho antes, décadas atrás, en el mismo clímax del coloquialismo durante la década del 60, cuando el autor, perteneciente a la generación del 50, dejó de verle perspectivas a la que sería una de las tendencias estéticas más corales y excluyentes de la tradición lírica cubana. Tras lo que él ha definido como «un período de tanteo lírico conversacional, y coloquial después»,³ con sus dos primeros cuadernos de poesía, vivió por entonces su momento de especial anagnórisis al descubrir la obra de Pessoa: «[...] Llegó a mis manos, allá por 1965, la antología que Octavio Paz seleccionó, tradujo y prologó, de Fernando Pessoa y sus heterónimos, publicada por la Universidad Autónoma de México, en 1962. La poesía del gran portugués y sus numerosos registros me impresionaron de modo tan intenso que encontré en él (y en ellos) mi verdadera filiación».⁴

El cazador viene a significar una superación de la dicotomía entre el regionalismo, un proceso de afirmación identitaria, y el experimentalismo como tendencia de contemporización de los discursos literarios, que se estaba planteando con énfasis en la literatura

cubana del período revolucionario. Resulta ya no un tanteo, sino el resultado pleno y cabal de una actitud postmoderna que va más allá de la hibridez de los géneros. Su contundencia, además, no radica en la voluntad de afirmar tesis o modelos ante la Historia cubana, aunque la novela esté enriquecida precisamente por el tratamiento de problemáticas muy puntuales, tampoco se solaza en la defensa de la originalidad o solidez de los diversos perfiles que sustentan la heteronimia, pues estos sufren constantemente el aguijón de un espíritu burlesco que posee al «investigador Raúl Luis», y que toma las formas de las fatalidades históricas, geográficas, el azar, las insuficiencias de las presuntas fuentes consultadas y su fragmentación, las trampas de la memoria de testigos y protagonistas, los deliquios, secretos e intrigas, unido a la exhaustividad pseudocientífica de comentarios y apostillas, etc. El mayor magnetismo se logra a partir del alto nivel especulativo y lúdico, las interrogaciones y los sutiles vasos comunicantes entre historias mínimas, que gravitan casi inevitablemente en el anonimato, sobre el fondo de la Historia oficial y el gran contexto de la Cultura cubana y universal. Acerca de estas consecuencias al asumir conscientemente la estética postmoderna, Ambrosio Fornet ha dicho: «Es la primera vez que la categoría artística de «juego» se incorpora expresamente a la teoría y la práctica de la novela de la Revolución con signo positivo. Lo que equivale a una impugnación del canon vigente hasta la década del setenta».⁵

La novela tuvo que enfrentar las antiparras, los prejuicios que han derivado en clasificaciones genéricas de las que son fáciles presa las editoriales, los concursos y premios literarios, así como los estudios académicos. Es que quizás la verdadera historia de la literatura se compone de esos saltos, esas rupturas, o sea, de la misma negación



de los postulados convencionales que garantizan su continuidad. Estamos en presencia de un texto que aspira a ser, a la manera antigua y primigenia, no más que un libro, con todo lo que de sobrenatural o «segunda naturaleza» pervive en esta invención. No se trata de un simple encuentro entre la prosa y el verso. Aquí, en lo poético, tenemos la verdad última o el exceso a que tiende a abrirse lo narrativo. No hay que olvidar que es la empresa mayor de un poeta, que con esta fabulación ha hecho encarnar su cosmovisión, a la vez que desarrolla y, en definitiva, justifica lo que pudiéramos llamar su sistema poético. Lo mismo había alcanzado antes Lezama Lima con *Paradiso*, cumbre de las letras cubanas del siglo XX, otro autor difícil de encasillar como novelista, ni por la frecuencia, ni por el respeto de los cánones tradicionales del género. En Raúl Luis, ello connota otra gravedad porque no sólo es una explicitación del estro, sino que se funda en una autonegación: casi toda o lo mejor de la poesía de Raúl Luis no le pertenece supuestamente al autor, mientras tampoco tiende a la búsqueda de una homogeneidad estilística, pues su forma y su fondo se ajusta a las diferencias y los contrastes de toda índole de los heterónimos, en una indagación intensiva que es de naturaleza dramática. Esta compleja urdimbre es muy diferente a la que proyectaron antecedentes de la literatura cubana que han solido limitarse a la configuración de un sujeto lírico en una serie de poemas (como el caso de *Alma Rubens*, de Poveda). También la trama textual que se entrega al lector: cartas, crónicas deportivas, iconografías, dibujos, teatro, poemas en variadas formas estróficas, artículos críticos, testimonios, entrevistas, las propios biografías de los «simulacros»..., y la involucración de otros autores como Chanito Isidrón y Rafael Alcides, supera con creces el más frecuente ejercicio de heteronimia que por lo general se limita a abrir expediente al estilo detectivesco en que se ficha a

un autor supuesto y se da una muestra o botones de su obra, este es el caso notable, por ejemplo, de *El último caso del inspector*, de Luis Rogelio Noguerras.

Más que la fabulación de un Grupo marcado por intereses estéticos y éticos, o el dibujo de determinados heterónimos, la magnitud de la fuerza literaria de Raúl Luis, se concentra en la configuración de un lugar, un espacio vital en la historia y la geografía nacionales. Este *topos* está definido por una serie de circunstancias y acontecimientos concurrentes en que se mezclan la ficción y la realidad, una situación que tiene su epicentro en la región central de Cuba, alrededor del pueblo de Yaguajay, pero que abarca pequeños pueblos colindantes como Meneses, Nuevas de Jobosí y otros, y que en definitiva se erige en una metáfora del interior de la nación y de la cubanidad. La situación es grave precisamente para la patria porque se trata de los años primeros de la República en que todavía están vivos muchos de los que lucharon en las guerras de independencia del siglo XIX, y ansían rescatar los ideales emancipatorios frustrados, y para quienes es un acicate moral la deuda con el pasado.

En su ensayo «98 y poesía cubana», Luis Álvarez enjuicia la tesis de Vitier de desolación y vacío literario para este principio de la República —convertida en un eco crítico con la fuerza de «palabra autorizada»— y opone a ese aparente desvalimiento creativo la riqueza de la cultura popular no circunscrita al texto lírico canónico. El ensayista argumenta su tesis deteniéndose con énfasis en los indudables valores líricos de la trova tradicional y la décima, que logran una intensa proyección en las masas.⁶ Este juicio crítico está en consonancia con la fabulación maquinada por Raúl Luis. Los heterónimos Luis Nemesio González y Gil Toribio, representantes de la cultura popular, son perfilados psicológicamente con sutileza y gracia, y su obra, junto con la de la mayoría de los heterónimos,

producida en esos primeros años republicanos, es ensalzada dentro del libro hasta el punto de otorgarles el liderazgo de la renovación lírica de la época.

La aventura de *El cazador* es un caso único en la tradición literaria cubana, estoy seguro que los lectores agradecerán encontrarse con esta «rareza», donde quizás el centro imantador solo sea entender al otro y sus circunstancias, expresar lo frágil, lo larval, la apetencia del arroyo antes que el mar. ●

Prólogo a la segunda edición de

El Cazador

(Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 2011)

¹ Frank Padrón Nodarse: «El cazador da en el blanco», en *La Gaceta de Cuba*, nov-dic., 1987, p.13.

² Noel Navarro: «El cazador: un libro ameno y apasionante», en *Bastión*, 2 de octubre, 1989, p.2.

³ Ileana Álvarez y Carmen Rosa Castellón: «Raúl Luis y sus heterónimos perseguidores de enigmas», en *La Gaceta de Cuba*, enero-febrero, La Habana, 2008, p.46.

⁴ Idem.

⁵ Ambrosio Fornet: «Las máscaras del tiempo en la novela de la Revolución cubana», en *Casa de las Américas*, No.191, abr-jun., 1993, p.22.

⁶ Véase Luis Álvarez: «98 y poesía», en *Saturno en el espejo y otros ensayos*, Ed. Unión, La Habana, 2004, pp.49-108.

FRANZ ALGARRA



CARTA SEMIABIERTA A DIRECTOR LV-9 OTILIO CARVAJAL

A Dr. José Alberto Ayala Rodríguez.
Director de la UEB Santa Clara.
«Fábrica de tabaco torcido LV—9».

De Otilio Carvajal.
Villuendas 56. Detrás del Santa Clara Libre.
Entre la casa de Leysa y la de Tirso.

Distinguido señor:

Hubiera sido más de mi gusto solicitarle un encuentro personal, para hacerle partícipe de mis opiniones sobre los «raros» acontecimientos que sucedieron —durante y después— de la exposición de mi tesis sobre literatura de transmisión oral el día 11-12-2012, en la tabaquería que usted dirige, pero algunos recesos de mi salud más la revisión de mi libro *Sobredosis*, que debe presentarse en la venidera Feria Internacional del Libro, impiden que abandone la disciplina laboral y personal, que exigen por una parte el médico y por otra mi editora.

Sé, por experiencia de muchos años, que el diálogo genera sabiduría y entendimiento, mientras que la misiva —casi siempre— propicia dudas, desfocalizaciones e incomprensidos. De cualquier modo es más de mi preferencia tolerar el riesgo que permitir se desdibuje el inobjetable servicio que le brindamos a la cultura nacional durante la promoción del número 63 de la revista *Signos*.

Debo referirle que el editor y redactor de dicha publicación, señor Edelmis Anoceto Vega, me solicitó que presentara la emisión y para ello escribí alrededor de once cuartillas que pretenden iluminar al lector sobre su contenido. Por las limitaciones en el tiempo de duración de la Peña Literaria que se realiza en la LV-9 —única de su tipo en el país y un logro indudable del CPLL (Centro Provincial del Libro y la Literatura) y de la UEB— decidí encaminar mi promoción hacia algunas parcelas de mayor interés.

Es certísimo que pudimos elegir los organizadores —Jorge Luis Mederos (Veleta), Francisco Águila (Aguilita) y yo— cualquier otra sustancia literaria de las variadísimas a las que como crítico cultural y literario me aproximo, empero preferimos reincidir en el ciclo *Signos* en atención a tres objetivos que nos superan en importancia y nos obligan:

1-Celebración del centenario del creador de la revista *Signos* y el más alto exponente de la literatura en Villa Clara: Samuel Feijóo.

2-Sintonizar a la cultura con la actualización del modelo socialista que pretende derruir los viejos esquemas y establecer un sistema de transparencias; actualización que escinda la doble moral, la simulación y los arquetipos obsoletos de «la cultura salón», en pos de una cultura que identifique los verdaderos valores de la nación y los restituya a su escenario orgánico.

3-Permitir que el «históricamente» entrenado oidor de tabaquería —o sea, la fuerza ejemplar de sus obreros— fuera el receptor de la primera acción encaminada a la desacralización del suceso literario.

Conscientes de que es muy difícil «meter ideas nuevas en cabezas viejas» —de ello se ha quejado más de una vez el Presidente de los

Consejos de Estado y de Ministros— decidimos asumir el riesgo y con algunas pinceladas de lo que propone la revista, comenzamos la promoción.

La comunicación con la masa de trabajadores fue instantánea. Como parte del pueblo cubano, los hombres y mujeres «que tuercen», es decir, que producen, se reconocieron en lo que propone la revista. El repicar de las chavetas y los aplausos reiterados, sumados a la exclamación de «otra», «otra», constituyó el altísimo pago y el sí rotundo al esfuerzo de muchísimos intelectuales que imbuidos en el espíritu revolucionario —transformador—, ese espíritu con que nos anega Fidel con su «cambiar todo lo que deba ser cambiado», pretendemos desde la cultura realizar nuestro aporte.

Y de repente, sin que pudiéramos evitarlo, una dama interrumpió mi exposición con una reprimenda que sin usar más vulgaridad que el despropósito, recibió el abucheo de la masa. Fue un ente aislado, solitario. No tuvo el respaldo de una segunda voz, elemento que me llevó a obviar su interrupción, para que el objetivo de lo que se exponía (la revista) no se desdibujara.

La verdad, director, me hizo recordar a individuos de bajísimo nivel de cultura social con los que me encontré durante los dos años que estuve en el oriente venezolano. Individuos que eran incapaces —como lo fue la dama— de distinguir entre un espacio de debate y uno de exposición.

Cuando irrumpió observé que venía del patio. Y desde afuera escuchó algunas palabras aisladas que la conmovieron y movieron a la «respuesta rápida». No puedo asegurar si su actitud fue como consecuencia de ese reflejo condicionado que se han fraguado los opor-

tunistas o se debió a una aptitud que llevan de oficio los doble moralistas. No sé. Todo ocurrió de súbito. Lo sospechoso fue que utilizó aquel viejo ardid que es el de agarrar partes aisladas del contexto y hacerlas ver como el cuerpo total. Norma que ha echado un tazón de máculas sobre personas y —como a Aguilita, que en este caso, de nosotros, es su único subalterno— ponerles al borde de la decapitación o el descrédito.

En casi treinta años que llevo entregado al aprendizaje de la conducta humana —centro de estudios para todos mis libros— nunca he visto que un comportamiento como el de la dama nazca de la orgánica necesidad por vetar conductas reprochables, sino —y muy al contrario— del desmedido afán por estatuirse en fuerza protagónica. Lo que sucede en este caso es que se estatuyó en fuerza antagónica, al proceder de manera disidente en relación con el deseo y la demanda de los trabajadores, el desarrollo promocional de un artículo de lujo de la cultura, y provocar con su inconcebible interrupción las bases de una polémica que puede propiciar jugoso interés entre los que como yo pretendemos hacer visibles las aptitudes dogmáticas en torno al proceso apreciativo de la cultura popular.

Mucho escaque hay para la denuncia. Mucha tribuna hay donde exponer la presbicia de los que impulsados por algo más que la moral ficticia, engomada o plástica, atentan contra el acelerado flujo de la verdad cultural. Verdad, distinguido funcionario, que se empeña en avecindar la cultura institucional a la cultura marginal, lamentablemente escindidas por el empeño retrógrado de no permitir que aquella cultura que construimos en la casa, en el barrio, en las entrañas mismas de la nación, sea la que nos alimente.

Me gustaría invitarle a que se lea el número 63 de la revista que generó el despropósito de la dama, esta carta, y catapultó al muy reconocido promotor literario Francisco Águila hacia «capilla ardiente». Me gustaría que la leyera y que después me diga si, como cubano, no ha escuchado esos cuentos, décimas similares; si, como cubano, no se ha deleitado alguna vez con las múltiples referencias al *panteón* nacional que pulula en todo el número.

Sé que inmediatamente después de que Jorge Luis Mederos y yo nos retiramos de la UEB, usted convocó a un consejo de dirección extraordinario para evaluar la «indisciplina» que cometiera Aguilita. También sé que le imputaron la culpa de permitir la exposición mía sobre el —según ustedes— capítulo más «soez» de la revista. Juro que al saberlo me dio un poco de *reconcomio*. Cualquier trabajador de la tabaquería puede dar fe de que desde el primer párrafo me referí a la posibilidad de que ello sucediera. Advertí también que mi «cuidado» no tenía que ver con la capacidad de recepción que tendría mi ponencia entre los obreros sino ante «la cuadrología mimética». «Ya he pasado por dos episodios muy desagradables que han mandado de cabeza a los organizadores a la silla eléctrica. Ojalá y este no sea otro caso», dije. Y pronostiqué mal. Los obreros se deleitaron, la cuadratura se ofendió. Pero no se ofendió un poquito sino un muchito.

Ofenderse al punto de «tocar a rebato» porque en un espacio donde solamente hay adultos se dijeron unas «malas palabritas» como cojones, que celebramos en boca de Juan Almeida, junto a aquel «aquí no se rinde nadie», es una actitud absolutamente fuera de tono, solo concebible en el aterciopelado plexo lexical de alguien que pretende convertirse en vocero de una dinastía cultural ya oxidada y en plena decadencia.

Indignarse por la emisión de «vocablos» como «pinga», «crica» «mamando», sin advertir el contexto al que pertenecían —y que justifican desde la perspectiva literaria su uso— es un acto de «mojigatería abstracta» que —como se sabe— es la peor de todas sus variantes.

Indignarse al punto de censurar la divulgación de *Signos* —por vulgar y soez— es un indicativo del desconocimiento que tienen los censores sobre esta publicación, que es igual a desconocer el proceso cultural en la provincia y en el país.

Si los tonos científicos de los diversos trabajos que los hacedores de *Signos* compilaron no fueran lo merecidamente creíbles y sustanciosos, me gustaría seducirlo con las referencias a la norma del habla popular cubana, que con independencia de la extracción social, el grupo etario, la creencia religiosa o la filiación ideológica, es común para todos.

He escuchado comentarios (sí, escucho comentarios, oigo rumores porque según el refrán «cuando el río suena, piedras trae») donde algunos afirman que una cosa es publicar esas palabras groseras —que aún antes de *Los versos de burlas*, de Quevedo, ya era pan comido— y otra muy distinta leerlas en alta voz. Castigar a Aguilita por lo que no hizo sería una trivialidad incomparable con guiarse por tan doble moralista rasero. Hay otro axioma popular que censura ese modo de operar: «la gatica María Ramos: tira la piedra y esconde la mano».

Es preciso desterrar de una vez a las gaticas María Ramos; *nombrar las cosas* con todo y sus detalles, no dejarse arrastrar por el agua sucia que conduce a la simulación y hace que el individuo encarne múltiples personalidades en un mismo cuerpo.

Resulta *como medio asqueroso* ser la gatica María Ramos, pero también resulta *como medio repugnante*, quedarse callado cuando uno cree que los que obran en derredor se comportan *como medio gaticas*.

Director: ¿No cree usted que la simulación le ha hecho mucho daño a la Revolución Cubana?

¿No cree usted que cuando nos agarramos el dedo con la puerta es una grosería y una simulación decir «ay, recórcholis», en vez del «¡ay, repinga!», que nos alivie el dolor más rápidamente?

¿No cree que debemos avanzar hacia una Era de mayor conexión entre las expresiones culturales que emanan del pueblo —y que se reciclan de manera inevitable—, y «la cultura moral» establecida por «una clase» que en sus años humedecía con agua la camisa para dar la impresión de que venían del surco, cuando en verdad llegaban de oficinas climatizadas? ¿Interconectarlas, digo, para destruir el dogma —que es el vestuario de la simulación— y entronizar la verdadera cultura que no es la que nace del esquema, de los planes, del mapa, de los circuitos que establecen la asimetría entre la cultura popular y la cultura oficial?

¿No cree usted que «la cultura» rebasa los cánones oficiales y va mucho más allá de la cultura arquetípica que refiere a la cultura artística? ¿No cree usted que a Argelio Satiesteban le faltaron algunas expresiones muy populares en su libro?

¿No cree usted que nuestra larga historia necesitó de muchos hombres y mujeres con «timbales» que vociferaban en medio de los campos de batallas «palabras soeces», y con ello se animaban ante la (siempre) minoría de armamentos?

¿Cree usted que en el párrafo anterior «bongoes» pueda sustituir a «timbales»?

¿Sabe usted que muchos mambises combatieron desnudos con el «balano» —fíjese que digo balano— en el aire, actitud grosera, si se mide con el mismo centímetro conque han medido en *su* tabaquería nuestra emisión pública?

¿Podría imaginarse, director, cuáles fueron las palabras de Martí cuando el fracaso de La Fernandina? ¿las palabras que empleó Maceo cuando se enteró de El Pacto del Zanjón? ¿las palabras de Raúl Castro cuando supo de la asquerosa traición de Felipe Pérez y Carlos Lage? ¿las del Che Guevara cuando tuvo la certeza de que Camilo, «su consorte de causa, su socito, su ambia» no aparecería? ¿las de Haidée Santamaría cuando el asesino, el esbirro, el hijo de la gran puta, le trajo los ojos de su hermano? ¿las de Fidel cuando Fox le dijo «ven, comes y te vas»?

No sé usted, pero yo sí puedo imaginarme cada una de las expresiones, y eso me hace validarlos más, sentirlos más cerca de un pueblo que se ha negado al dogma y a la mojigatería y habla de un modo «tan cubano» que nos propicia «una marca de agua» más difícil de falsificar que la del dólar.

Me han dicho que usted es una persona de profunda formación intelectual, que a sus estudios de derecho se le anexa un variadísimo compendio de lecturas y mucha información: me alegra. Seguramente convendrá conmigo en la imperiosa necesidad de buscarnos en lo auténtico, en la profunda huella de «lo cubano», para rivalizar contra esa despiadada yankilización que emerge en muchos sectores juveniles; yankilización que ya no solo es advertible en la «tontalización»

invasora de los productos que consumen (novelas, seriales, series, cómics, humorísticos, etc.) y que han secuestrado los televisores cubanos a través de DVDs y Memorias Flash, sino —y sobre todo— en la mutación lexical.

Vamos a poner las patitas en el suelo: el joven cubano ha ido demudando de la expresión autóctona hacia esa forma de hablar que emiten los personajes de «esos programas mierderos». Solo hay que escuchar las inflexiones, los acentos, los dejos. Solamente hay que notar cómo no se saludan con el abrazo y el *qué bolá, asere* (que fue tan criticado por chabacán y se convirtió en un modo de distinción «de lo cubano» en todo el planeta) sino con el besito en la mejilla y la expresión «qué hay, papi» tan regueteramente boricua.

Si este síntoma de transculturización (que en puridad es desculturización) no tuviera un telón de fondo tan negro, la preocupación sería menor. Muchas generaciones de cubanos han sido permeadas por otros modos y modas culturales, pero casi siempre se percibieron emisoras de lo *like*, o sea más visual que conceptual. Tenían que ver con bailes, con bisuterías, con modos de vestir o con el interés de asemejarse al modo de vida del «exterior» pues la bóveda en la que vivíamos no se ocupaba de proveernos «una estética de lo juvenil» sino «un comportamiento de lo juvenil». El caso de la invasión lexical es más complejo, pues en lo lexical está el reservorio de lo que llamamos «identidad».

La recuperación de nuestras profundas raíces identitarias ha propiciado que seamos un pueblo distinguible dentro del espectro latinoamericano; si se marchitan las raíces: se debilita la nación. Si se pierden nuestros rasgos, nuestras señas, nuestros modos de expresión (tan únicos), se debilita eso que Fidel llamó el Escudo y la Espada.

Tal recuperación está en riesgo si seguimos pensando que la identidad nacional se encuentra solamente en los bailes y cantos de los orishas; en «Doña Joaquina ponte en vela»; en aceptar que, por encima de Mariana Grajales y Leonor Pérez, hay una Madre de la Patria que nos protege desde el Santuario del Cobre.

Cuando Fidel dijo —sí, a mí me encanta hablar de Fidel, no sé, admiro *al caballo*— que lo primero que había que salvar era la cultura, no se refería al Ballet Nacional de Cuba ni al Festival del Nuevo Cine Latinoamericano: ya las mecas cubanas están a salvo; se refería —entre otras variantes— a la cultura popular y tradicional. En términos literarios, a la de transmisión oral y a la literatura popular.

La literatura de trasmisión oral es aquella que se transmite de generación en generación y que incluye una familia variopinta que mezcla la adivinanza, el piropo, los dichos, las narraciones, las leyendas, los mitos, las décimas y —entre otros ingredientes— los cuentos de relajo. Sí, también los cuentos de relajo. Ha sido un tabú institucional no incluir en sus programas el rescate de los cuentos de relajo. Considero que no existe un personaje en toda la cultura cubana que se le compare en trascendencia a Pepito. Como toda obra de transmisión oral, los cuentos de Pepito nacen del corazón mismo de nuestra cultura marginal. Nadie sabe si nació en Pinar o en Guantánamo: lo que sí sabemos todos es que, como Peter Pan, jamás crece, y que es tan cubano como Elpidio Valdés.

Necesitamos renacer al mundo desde la cultura: desplanchados, sin dobladillos; retirar el faldón de censuras y usar otros vestidos; crear un clima donde prevalezca *la aplicación de la virtud* desde lo verdaderamente auténtico.

Mutilar las expresiones culturales surgidas en «el margen», es mutilar al país.

Medir con el mismo rasero que el Instituto Cubano de La Música emplea para algunas composiciones de Reggaetón a una obra del gracejo popular —por ejemplo, de Cipriano Isidró— constituye un absurdo que es preciso objetar.

Los autores de las obras leídas ese día: Chanito Isidró, El Profesor Espinosa, y quien suscribe estas líneas somos los únicos responsables de las «palabras groseras» que se dijeron. Ellos por escribirlas, yo por leerlas. De lo demás «el culpable» es el pueblo de Cuba, quien con su gracia indiscutible ha conseguido la creación de todo el Patrimonio Oral.

Culpar a Francisco Águila, por lo que dijo otro es acto que entraña un poco más que injusticia y revela el martirologio al que sigue sometido el pensamiento cultural de avanzada en aquellos centros donde aún es imposible la transformación hacia la Cuba del futuro; esa Cuba hacia donde proclaman guiarnos los líderes del gobierno. Intuyo que para lograr la meta tendrán que pasar sobre «las ruinas» de los que se empeñan en defender los quistes del pasado.

Chanito y Espinosa están en otros estados de conectividad, pero yo estoy aquí, al alcance de todas las manos, para responder por mis actos. Aguilita solamente cumplió con su función: y la cumplió bien. Lo felicito a él y lo apoyo en este momento tan angustioso para su vida.

El rumor —ya no es tan rumor— de que ha sido sancionado con la pérdida de su empleo, que él ama y dignifica, por haber permitido

la promoción de la revista *Signos* en la LV—9 sorprende, porque no es imaginable tanto deseo de permitirse el error, porque creía que ya no existían individuos (sean directores, ministros o Presidentes), consejos (sean de dirección, de estado o de concilio) que se arriesgaran en el ¡2013! y *después de tanto viento y tanta tempestad* a cometer las mismas torpezas que trajo aquel lamentable descrédito hace años; torpezas que obligó a los ideólogos del socialismo a crear un programa de rectificación de errores; torpezas que detuvo el fluido de la creación artística.

Muchos intelectuales comienzan a mostrar el malestar por lo que «suponen» podría suceder. Ya hemos visto antes levantarse la hoz sobre el cuello de otros. Ya sufrimos en el pasado—incluso en pasado reciente— la defenestración de intelectuales de mucha valía, por el simple hecho de poseer un criterio diferente.

Acudo otra vez al General de Ejército y a su clarísimo mandato a los comunistas cubanos, para que el pensamiento discrepante no sea maniatado sino que se esplenda y desarrolle.

¿Hasta cuándo los líderes de la Revolución van a estar orientando un modo de obrar y los subalternos estableciendo otros métodos?

¿No será hora de hilar todos sobre la misma rueca? ¿No será hora de desdeñar el viejo oficio de construir puentes donde no haya ríos? ¿No cree que sea hora de dejar en el pasado esa fórmula de ver a un enemigo en cada hombre que no podemos entender y en cada acción cuyas aristas no dominemos? ¿No tenemos ya suficientes enemigos públicos como para estar construyendo enemigos invisibles?

La revista *Signos* es un lujo de esta provincia que, a pesar de las múltiples colisiones económicas, aún vislumbra la necesidad de «salvarnos» desde la cultura.

Que la revista *Signos* haya tenido la decencia y la valentía de publicar el compendio de su número 63 la certifica como una publicación que se sintoniza con la Cuba de hoy; con la Cuba donde los extranjeros entran a las tabaquerías para apreciar cómo se tuerce (cosa que hubiera sido motivo de escándalos en otra época), de la Cuba donde hay peñas literarias en las tabaquerías; de la Cuba que tiene calles como Viluendas desde Tristán hasta Bulevar, donde ya no es imprescindible ir a un «pulguero» de los muchos que hay en Latinoamérica para ver cómo es el comercio capitalista en el tercer mundo; de la Cuba que sin cobrarlo coloca los precios de las consultas en cada centro de asistencia médica (algo inconcebible dos décadas atrás); de la Cuba, director, que vamos a sirgar hacia el futuro si conseguimos destruir a nuestros peores enemigos que son: el dogma, la doble moral, el estatismo y la incomunicación que existe entre los que se quieren arriesgar y los que pretenden habitar eternamente en la comodidad y la armonía de lo anquilosado.

Yo estoy entre los primeros.

¿Y usted?

VERSOS

mal «hablaos»

Décimas del folclor, anónimas o de autor desconocido, que los integrantes del Grupo Literario Árbol Invertido hemos grabado a distintos informantes en la región central de Cuba.

Por allá por Baraguá
vive Dora, una mujer
que por sus formas de ser
todos le dicen mamá;
veterana, pero está
todavía encantadora.
Y los muchachos de ahora
cuando le besan la mano
le dicen con gesto sano
«La bendición, mamá Dora».

Cuba es tabaco, café,
fértiles valles, montañas
e innumerables hazañas
desde Céspedes al Ché.
Es soltar de buena fe
en un chiste la gandinga,

y sustituir por moringa
el café que estás tomando
y mandar de vez en cuando
los yanquis para la pinga.

DEL «PERÍODO ESPECIAL»

El buen revolucionario
cuando no tiene manteca
se come la vianda seca
sin hacer ni comentario,
no le dice al vecindario
tampoco qué no tenemos,
y a cada rato lo vemos
dando vivas a Fidel
y escribiendo en un mantel
«Patria o muerte, venceremos».

Cuando vuelve el apagón
es un fenómeno extraño:
con la cuchara me baño
y como con el jabón.
En tremenda confusión
todo lo hago al revés,
y cuando vuelve otra vez
la luz con reflejos nuevos
llevo medias en los huevos
y el calzoncillo en los pies.

Ayer cogí una libreta
para un «mandado» comprar
y tuve que regresar
sin gastar una peseta.
Me metí por Canaleta,
bajé por San Rafael,
y me acordé de F...,
mira si me acordaría
que hasta el culo me dolía

de tanto cagarme en él.

El negro a robar se inclina
y no lo hace por malo,
es para quitarle al palo
el peso de la gallina.

Le gusta usar ropa fina,
buenos zapatos calzar,
y es capaz de asesinar
a uno de su misma raza
para no perder la plaza
y vivir sin trabajar.

REVOLUCIÓN ENERGÉTICA

Dieron Reina y Arrocera,
Hornilla y Calentador,
también un Televisor
que recibió Cuba entera.

Refrigerador se espera
para todo el que no tiene,
y a todo aquel que mantiene
la tranca muerta y no singa
le van a dar una pinga
eléctrica el mes que viene.



DIÁLOGOS



ÁRBOLES CRECIENDO PARA ABAJO

FRANCIS SÁNCHEZ

JOSÉ CABRERA DÍAZ, periodista, nace en Santa Cruz de Tenerife el 28 de mayo de 1875. Desde sus primeras publicaciones se mantuvo siempre inclinado a fustigar los malos manejos de la administración pública y defender la cultura como base de progreso social. Obligado a militar en las «quintas», marchó en 1896 a Filipinas para reprimir a los allí sublevados, pero escribió ideas como «Matar es cosa que repugna a los mismos que matan», por las cuales sería condenado y puesto tras las rejas. Devuelto a su tierra natal, se dedica a organizar gremios obreros, mientras su firma asoma sistemáticamente en los diarios menos conservadores. Tiene que emigrar a Cuba, por primera vez, en 1900, desde donde continúa colaborando con publicaciones de Canarias. Allá regresa, pero, tras publicar artículo en que denuncia la represión que sufren sus compatriotas, es condenado a ocho años de prisión. Vuelve a Cuba definitivamente en 1909. En el batey del central Mercedita, pasó de un modesto empleo a jefe de oficina y administrador general de la Compañía Azucarera Gómez Mena. Funda en este lugar la revista *Cúspide*, órgano de la sociedad de recreo Club Mercedita y cuyo primer número aparece el 15 de mayo de 1937. Su mayor huella legada «en la vida cubana del momento», según señalan Alicia Elizundia y Joaquín Borges en el libro *Cúspide: evocación de un ayer con presente* (Ed. Unión, 1990), «es la profusa obra cultural que desplegara desde el batey de un central y que no tiene parigual en la historia de nuestro país». Labor estoica que se resume en unos treinta números de *Cúspide*, y el movimiento reivindicatorio a que dio fuerza, al ponerse en cadena con otras publicaciones en el interior del país, como *Síntesis* (Güines), *Proa* (Artemisa) y *Orto* (Manzanillo), por el afán de fecundar la sociedad cubana desde adentro. Su liderazgo resultó más evidente cuando bastó su muerte accidental, en viaje desde Matanzas a La Habana, el 6 de agosto de 1939, para que se frustrara

un prometedor primer Congreso Nacional de Intelectuales de «Tierra Adentro» que debía celebrarse al mes siguiente para dejar establecida una Asociación Nacional. *Cúspide*, aún con el signo de una empresa idealista arrojada a la fatalidad, a conjurarla y en definitiva representarla, siendo una obra que quedó trunca, configuró entre las sombras de la historia nacional el «movimiento de concentración» que buscaba su creador, frente a la dispersión y la nada. Señalan los autores del libro ya mencionado:

Cúspide dio el más fervoroso apoyo a cuanto evento cultural se celebrara [...] El momento cumbre en este sentido se alcanzó cuando la revista, siguiendo las ideas lanzadas por otras publicaciones locales como *Géminis*, *Síntesis* y *Rumbos Nuevos*, llamó a crear una Asociación Nacional de los Intelectuales de «Tierra Adentro», para lo cual se convocó a un congreso que se efectuaría en septiembre de 1939 en Santa Clara. La muerte de Cabrera Díaz y la consiguiente desaparición de este mensuario dieron al traste con las aspiraciones de tal evento, que de haber ocurrido hubiera tenido enorme repercusión.

JOSÉ INDA HERNÁNDEZ, poeta, nace en Ciego de Ávila el 7 de junio de 1911. Comienza a escribir en la década de 1930. Trabajó como práctico de farmacia. Ganó uno de los únicos dos premios que se concedieron en el concurso internacional auspiciado por el Club Cultural del Central Mercedita y la revista *Cúspide*, en 1937, con el poema «Canto unánime al trabajo en la paz», dedicado a la fecha proletaria del Primero de Mayo. Publicó el libro *Cantos y rumbos*, por la impren-

ta Gutemberg de la ciudad de Ciego de Ávila, el 1 de enero de 1939, donde reunió lo escrito en la segunda mitad de esa década. Había empezado a escribir debatiéndose entre influencias de Rubén Darío y otra vertiente de las vanguardias cubanas, la poesía «mulata», pero el tema social terminaría siendo su acento, predominante en el que fuera a la postre su único libro publicado y que hizo llegar a colegas y críticos de todos los confines, incluso allende los mares, por el que recibió elogios y reseñas. Pedro Alejandro López opinó, el 11 de agosto de 1939, en el periódico *El Mundo*:

En primer lugar hay que aplaudir el esfuerzo realizado por el joven Inda para lanzar a los vientos de la publicidad este libro de versos. Y hay que aplaudirlo por el medio ambiente en que él desenvuelve sus actividades: Ciego de Ávila, un pedazo de tierra camagüeyana, una ciudad de tierra adentro, sin perspectiva y en lucha con el progreso. Si en La Habana hay poco estímulo para el poeta, para el que sueña, para el que escribe, ¿qué no será en una de nuestras aldeas cubanas? Queremos decir que Inda desde el punto de vista económico, no sacará ni para pagar los gastos de impresión. Aparte de que un libro de versos se vende poco, en un medio refractario hay que regalarlo.

Como dato curioso, el poeta nunca pudo pagarle el costo de la publicación a Juan Antonio Fernández Pellicer, dueño de la modesta imprenta Gutemberg, y este «condonó, con placer, la deuda contraída», según afirma el investigador José Gabriel Quintas en «La poesía social de José Inda Hernández», en *Rumbos* (Ed. Ávila, 2009). De *Cantos y rumbos*, llama la atención el desenfado con que el poeta transita por la proclama política, la denuncia y la irreverencia, donde se desta-



can el anticlericalismo, el rechazo a la penetración norteamericana, el apoyo a la causa republicana en la Guerra Civil Española y los cantos al proletariado, entre otros temas. Fue Jefe de Redacción de la revista *Práctico de Farmacia*. En 1950 trasladó su residencia a Camagüey, hasta la revolución de 1959, en la que se siente deslumbrado y ocupa diversos cargos y responsabilidades. Siguió escribiendo y acumuló varios cuadernos inéditos, de poesía y cuento. Falleció, el 24 de abril de 1985, en su ciudad natal, donde actualmente la Casa de la Cultura lleva su nombre.

José Cabrera Díaz y José Inda Hernández, al cabo creadores de una obra escrita no tan abundante y original como ellos habrían ambicionado, cruzaron por la vida cultural cubana en la primera mitad del siglo XX con auténticos valores y dejaron incluso una huella digna de regatearse al olvido. Quien era un poeta joven encontró buena cobija en el anciano batallador, canario inmigrante, pero no «desterrado». Tenían serias diferencias ideológicas, pues Cabrera creía en el capitalismo, la libre empresa y la libertad de prensa, mientras Inda no escondía sus ideas marxistas, y nada de esto, sin embargo, fue obstáculo para la mutua simpatía. Ambos figuran en los márgenes de la historia de la literatura cubana. Los unió precisamente, a través de las letras, el sentido de justicia y resistencia.

Damos a conocer algunos textos que ilustran la relación entre ambos. En primer lugar, cartas inéditas de Díaz destinadas a Inda: revelan a aquel en abejeo infatigable. También, una misiva del grupo de amigos de Cabrera Díaz tras su fallecimiento, donde se constata no solo el afecto, sino cierto grado de preeminencia que los herederos culturales del fundador de *Cúspide* reconocían al joven poeta avileño. Por último, poemas de Inda con impronta de lo que pudiéramos

llamar voluntad de «tierradentrismo» que bebió en Cabrera y otros, una fuerza atraída por el propio peso de la poesía a evolucionar y pasar desde una mirada externa hacia mayores esencias, así lo sugiere esta metáfora: «*donde la tierra es alma*».

De los dos poemas dedicados explícitamente a Cabrera Díaz, su destinatario conoció el primero, «La calle», pues Inda lo recogió en su libro *Cantos y rumbos* (1939) y antes había aparecido en el número de *Cúspide* correspondiente a agosto de 1938, mientras el segundo texto, «A José Cabrera Díaz», fechado sólo cuatro días después del trágico accidente, se incluyó en la revista *Cúspide* del mismo mes que estuvo consagrada a la memoria de su fundador. Un tercer poema, «Tierra colorada», lo extraemos de uno de los cuadernos que Inda escribiera en la etapa posterior al derrocamiento de la dictadura batistiana, cuadernos poseedores de una estética encasillable como regla general en aquello que se conoce por coloquialismo —mezcla de consigna y alabanza con fórmulas conversacionalistas— y que quedarán inéditos. Es obvio un tratamiento deferente al elemento natural que revela la marca de estrato social humilde, signo del hombre dependiente de la naturaleza, por el papel que cumple la tierra como elemento relacionador dentro del devenir político, pero además la intensión de tantear un orbe de evocaciones privadas, censar propiedades distintivas o particulares en la toponimia cultural —«*tierra de mi tierra*» dice— donde el alma del poeta se ve situada —aunque no busque lo más íntimo—, así el pensamiento poético se alimenta con muy poco, casi nada: el color de los suelos ferralíticos que hacen de la zona de La Trocha, en el centro de Cuba, paraje fértil ambicionado a lo largo de la historia por colonos nacionales y extranjeros.

La «marcha sobre La Habana», por la que aboga Cabrera Díaz en una de estas cartas, siguió estando presente en el imaginario popular —recordamos a Camilo Cienfuegos encabezando una multitudinaria entrada de campesinos a caballo en la capital—, y quien sabe si no lo estará siempre, como una movilización necesaria, simbólica y no por ello menos activa, del «hombre natural» que reclamaba Martí en oposición al producto de falansterios, desde el campo hacia la ciudad, contra las deformaciones del poder, contra la hipocresía de las élites culturales que se mudan siempre, en cualquier clima, a lo más alto y sólido de la arquitectura política.

Si a Cabrera Díaz lo animaba un altruismo práctico, pues *Cúspide* ofrecía oportunidad a quienes carecían de otros medios para darse a conocer, principalmente jóvenes y espíritus residentes en el interior del país, un espacio instrumentalizado, es fácil observar que su misma proyección trasuntaba un ideal democrático, el de la libertad de prensa —«idealista» ha sido el término, desde una visión marxista de la historia, con que se ha querido acuñar su activismo amoroso en el libro *Cúspide: un pasado...*—, al aceptar en sus páginas todas las tendencias y credos, dejando a un lado incluso la pertenencia geográfica. Entonces, ¿cómo no atender ahora a la más que probable realidad de un pensamiento secuestrado en Cuba, sobre todo en el ambiente de zonas desfavorecidas? ¿Y cómo no considerar necesarios nuevos medios para liberar fuerzas productivas, éticas y estéticas, hoy, cuando la libertad de prensa parece un ideal muerto y enterrado? ●

CARTAS INÉDITAS

JOSÉ CABRERA DÍAZ

Mayo, 1938

Sr. José Inda Hernández
Ciego de Ávila

Distinguido compañero:

Acuso recibo de su carta de 15 del actual mes. Gracias por sus amables frases. Nosotros estamos, con mil esfuerzos, tratando de hacer una Revista que responda a la expresión de la intelectualidad de «tierra adentro», absoluta y completamente ignorada por la Capital. Hacemos lo que podemos, y CÚSPIDE desea ser una tribuna desde la cual todo el que tenga algo que decir lo diga sin limitaciones ni temores. Así verá Ud. al lado de firmas consagradas como las de Mercedes Pinto, Antonio Iraizoz, Cristóbal de la Guardia, Enrique Geenzier, Arturo Doreste, etc., las de los nuevos valores espirituales. Nosotros no podemos estar afiliados a ninguna tendencia, pero advertirá Ud. que el panorama que vemos y que desarrollamos es el que corresponde a las inquietudes y anhelos de las presentes generaciones.

Es extraño que no le haya llegado la Revista directamente a Ud. Tan pronto conocimos el resultado del Concurso, anotamos su nombre en la relación de las personas que deben recibirla, y se la enviamos al apartado 216. Ud. la recibirá siempre directamente.

Un fuerte estrechón de manos de su affmo.

José Cabrera Díaz

Julio 6-1938

Sr. José Inda Hernández
Ciego de Ávila

Mi distinguido compañero y amigo:

He recibido su carta del actual, y quiero expresarle nuestra gratitud por la bondad con que Ud. enfoca nuestras labores. Estamos haciendo un esfuerzo, cuyo único mérito consiste en tener por escenario un ambiente campesino e industrial, en un lugar aislado de esta provincia, completamente hostil —aunque van siendo vencidas las resistencias— a toda actividad espiritual.

Podemos en este aspecto sentirnos satisfechos, porque CÚSPIDE es hoy una revista que circula por toda la isla, que se la espera con deseo y se la lee con agrado. Otros móviles inspiran también esta publicación. Uno de ellos, que estamos cumpliendo con éxito, es el de dar a conocer los valores literarios de «tierra adentro», y comprendo en «tierra adentro» a la misma Habana, en cuanto allí viven y luchan muchos intelectuales que no tienen la puerta abierta de la prensa capitalina, y tienen que ir al campo a decir sus cosas. Es un movimiento de concentración, que algún día se convertirá en «marcha sobre la Habana».

Es halagador saber que muchos intelectuales cubanos nos ayudan desinteresadamente. Y así verá Ud. firmas consagradas junto a noveles en las letras.

Por lo demás nuestra obra no tiene méritos. Hacemos lo que podemos y debemos hacer.

Siendo CÚSPIDE tribuna abierta a todos los vientos del espíritu, si usted quiere realmente, sinceramente, cooperar en nuestras labores, no nos olvide en su colaboración. Creo que es la de CÚSPIDE una tribuna buena para darse a conocer.

Suyo affmo. amigo

La Habana
1º de Septiembre
de 1939.

Sr. José Inda Hernández
La Habana.

Distinguido compañero:

Tengo el placer de comunicarle que en la sesión celebrada el 24 de Agosto próximo pasado en el «Centro de Estudios del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales» para constituir el «CÍRCULO DE AMIGOS DE CABRERA DÍAZ», resultó usted electo, por unanimidad de votos, para el cargo de Vocal.

Al participarle tan hermosa designación y desearle todo género de éxitos, soy de usted muy afectísimo amigo y compañero,

Pastor del Río
Secretario General



POESÍA

JOSÉ INDA HERNÁNDEZ

LA CALLE

A José Cabrera Díaz

Cruz infinita...
Multiplicada en cruces hasta encima del mar.
Exprimida... Tostada... Machacada, y,
tirada ante las casas que te escupen de público...
Mártir de piedra y lodo y residuos de impuestos,
serenamente y bocarriba, sientes sobre tu vientre:
Ofensas ribeteadas en negro, de los carretoneros;
lunas de miel con ruedas de azahares gastados;
hipocresías bajo los paraguas insomnes,
enlutados y combos, y
políticos fieros, que te llevan impávidos
en sus gruesas carteras...
...No. No cierres los ojos. Míralo todo y calla..
Y, si pudieras, calle, mirar por la ventana de

esa casa... o de aquella...

Mas, para qué? Con lo que has visto!

—¡Y con lo que verás!—

.....

...Allá en la madrugada...

Cuando el sereno guarda su voz de hostil madera,

te dice el poste extático de la esquina

el eterno “¡Al fin solos...!”

Y tú, confiada y dócil, le cuentas tus anhelos...

Le hablas de los bosques que soñaste alimentar

en tu tierra sin piedras;

de las aves que creíste fecundarían en cantos

tus rizos de rocío y de verdor...

Y, hoy no puedes ver sino a tus árboles creciendo

para abajo,

y tu polvo inundando todos los lugares...

Pobre hermana calle!

Encadenada! Vigilada! Explotada!

Sólo gozas y ríes y te vistes de fiesta

cuando luce en tus piedras la piel de los tiranos...

(En el libro *Cantos y rumbos*, Talleres Tipográficos

Gutenberg, Ciego de Ávila, 1939)

A JOSÉ CABRERA DÍAZ

Allí;

donde la tierra es alma y el suspiro una letra,

siembro una lágrima desnuda

a que enraice junto

a la pared de tu inmortalidad.

Yo;

en el centro de todos y encima de mí mismo,

abro todas las salidas a mis voces inéditas

para que se arrodillen

y,

para que sientan y aprendan

y se acostumbren

a llevarte por todos los momentos

como una estrella clavada en los ejemplos.

En esa muerte limpia que te llevas contigo
y en esta vida larga de cosechas que dejas,
ha de tener la luz su rayo más purísimo
para esparcir las vidas de los soles que hacen brotar
hombres y páginas y rosas y recuerdos.

De voz en voz partida y de lágrima en lágrima,
de lamento en lamento y de azucenas desgranadas,
ha de hacerse en tu torno ardiente pedestal;
túmulo sempiterno donde repose un astro.

Así, para que no falte,
para que por sobre de mi más ancha herida
tenga reflejo eterno mi angustia de metal y papel
y corazón cortado,
aquí, sencillamente, mi simiente de sol
al lado de tu augusta sonrisa mutilada;
como una flor cautiva entre dos olas rígidas
de tu mar sin orillas.

En Ciego de Ávila a 10 de agosto de 1939.

(En *Cúspide*, agosto de 1939)

TIERRA COLORADA

Tierra de mi tierra
en Ceballos o en Jagüeyal...
Colorada en arterias violentas,
con sol y tinta de aguas rojas.

Roja en naranjas y cañas,
en plátanos y piñas.

Ella,

la firme:

la que mordía los pantalones del príncipe Ruspoli
y teñía de bandera proletaria
las rodillas españolas de los Fortines de la Trocha.

Tierra de mi tierra que explotó quien la odiaba
por su color de rebeldía,
por la huella en sus ropas
que le encendía el recuerdo de sus crímenes
con la marca de su fiera sangre.

Tierra colorada de Ceballos o Jagüeyal,
entera y sacudida,
explotada y rebelde,
la que supo esperar...
La que no dio cuartel al miserable
y le marcó bien hondo
su vibrante señal.

Tierra bien querida:
Aquí te van mi Hoz y mi Martillo
como saludo liberado.
Tierra colorada,
bandera permanente de nuestros camaradas
que rompieron los látigos

y te levantan hoy
beso a beso
y
semilla
a
semilla.

(Del cuaderno inédito «La graduación fue el 26»)

RAÍZ AL COEILLO



PUENTE

FRANCIS SÁNCHEZ

Entramos a un pueblo pequeño y, para nosotros, desconocido, entre las montañas. A ambos lados de las calles se alzaban portales corridos que formaban galerías de una penumbra encubridora y sana. Me había quedado a la zaga de un enjambre de poetas jóvenes que íbamos de excursión tomando como pretexto algún aniversario patriótico. Y, cuando cruzábamos el típico parque central con el busto macrocéfalo del héroe nacional, escuché un murmullo proveniente —creía yo— del interior de una choza. No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera que el rumor era la suma de todas las casas y familias juntas. Se desenredaba en el aire un no sé qué que quemaba la vista. Voces extrañas, como si se dijeran adivinanzas y hubiera combinaciones de palabras demasiado exquisitas en medio de aquella intemperie.

Fui a ver qué ocurría en un portal y acabé mirando dentro de un patio interior. Casualmente ese día tenían invitado en el pueblo a un escritor de la capital del país. Canoso, gordo, con espejuelos tipo fondo de botella, el ilustre letrado hablaba de pie porque pretendía que todos los curiosos, hasta los de la última fila y más tímidos, lo vieran enfatizar con las manos y admiraran muy crédulos sus extravagancias y digresiones, sin que él tampoco soportara perderse hasta el más mínimo detalle de la reacción del público.

Quienes andaban conmigo en la caminata se negaron a desviarse del curso exploratorio para hacer escala en semejante espectáculo. Iba a seguir tras ellos, pero, cuando estuve seguro de que era Antón Arrufat, ¡el dramaturgo y poeta!, ¡el creador de la prohibida ciudad de Tebas!, ¡el discípulo del maldito y genial Virgilio Piñera!, volví para disuadirlos, como si intentase reunir el valor necesario para entrar en una funeraria a darle el pésame a un desconocido. «¡Vamos, señores, vamos!»

A tanta insistencia, al final siempre alguien quiso solidarizarse y me acompañó a hacer el papel de mosca atraída por una gota de almíbar en medio del vacío absoluto.

Viejo, y casi ciego, Arrufat presentaba una obra que él definía como una «jo-ya-bio-bi-blio-grá-fi-ca». Su libro, puesto que tenía tapas de cartón, siendo suficientemente ancho y alto, se sostenía de pie y abierto sobre el borde de una mesita cubierta pudorosamente con un mantel blanco. Allí encontraríamos, dijo, impresas hablaba redondeando la boca para que sus palabras saliesen en torrente como por una gárgola florentina— las únicas cinco obras del teatro universal que, en su biblioteca personal, tras muchos años, habían sobrevivido a purgas, limpiezas, robos, mudadas, préstamos y hasta catástrofes caseras. Últimos vestigios de naufragios y extravíos sospechosos, quizás premeditados. Se trataba, por tanto, de una selección practicada con algo mucho más persuasivo y definitorio que el artificio de un criterio estético o cualquier otra pedantería: era la miel de una vida accidentada, confusa, consagrada al teatro total, dentro y fuera de los escenarios.

Se planificó una reunión de espíritus sutiles a última hora, o por vagas puntadas del azar pudo darse, sin que mediaran muchos arreglos, con las personas de la comunidad que mostrasen mayor predilección por la tinta de imprenta. Parecía sobrevenir un remedo del típico brindis que en los eventos literarios suele hacerse a altas horas entre escritores distinguidos y burócratas encumbrados. Llegó el momento esperado, cuando un buen número de vecinos, para mi sorpresa, incluyendo personas muy ancianas, muchachos imberbes, agricultores y vaqueros, entraron con platicos de dulces hogareños, amarillentos papeles antiguos, tomos de tapas de cuero, ediciones príncipes y hasta incunables. Entre todos, de pronto, se intercambiaban citas y datos bibliográficos con una naturalidad pasmosa.

No parecía mediar en aquel intercambio mayor prurito que el ejercicio del paladar, puras cosquillas en busca de placer, igual que si se repartiesen los nuevos y viejos chismes de la familia.

Alguien había dejado abierto sobre un banco en el jardín un libro que gritaba a distancia poseer valor excepcional. Según una lista de letras doradas sobre una tapa de cuero, era la *Historia de la literatura cubana de tierra adentro*. En el acto la curiosidad me puso, encorvado, a hojearlo. Al principio pasaba las hojas al bulto, por decenas. Pues carecía de tiempo para leer a profundidad, me limitaba a seguir los subrayados que encontraba ya hechos, marcas quizás del mismo dueño, alguien que debía andar por allí cerca. A vuelo de pájaro, iba de marca en marca, quedándome con lo destacado con rayones y queriendo conectar los fragmentos que tomaba a picotazos, hasta que tuve que detenerme en un párrafo por debajo del cual se había hecho correr una gruesa línea de tinta roja. Era un párrafo sobre el esposo de María Luisa Milanés. El autor de aquellas palabras en tono grave se refería a un hombre ya anciano, tomando de su vida y obra precisamente la relación íntima que tuviera con la muchacha creadora de versos fuertes, pero sin mencionar siquiera su viudez prematura, y sin arrojar ni una mínima luz sobre el último y más trágico acto de voluntad con que ella había cerrado su vida para siempre. Por supuesto, el autor del libro ni culpaba al esposo por el suicidio, ni lo responsabilizaba por la destrucción de casi toda la obra que ella había escrito, como su autobiografía, páginas que luego se había especulado que él las arrojó al fuego. Pero, lo más atractivo: este historiador se refería a textos pertenecientes sin duda a la masa de obras de María Luisa que el resto del mundo había dado por perdida, y, lo que era lo mejor, hasta citaba fragmentos.

Ahora, con los trozos de las inspiraciones de María Luisa, podía reconstruir en mi imaginación el edificio de una historia oculta. Empecé a con-

centrarme sólo en los renglones que estaban entre comillas y en cursiva, es decir, en los versos citados y, para mí, completamente desconocidos. Debía leer rápido, aunque con exactitud, acomodando cada metáfora suya en mi memoria. Sentía, al mismo tiempo, una profunda excitación intelectual porque me hallaba bajo una enorme presión, a punto de develar un misterio o realizar un inmenso acto de justicia.

Pero eran demasiadas palabras. Imposible memorizar tantos versos. Rendido, levanté la vista del libro, lo cerré, y me aparté a esperar, a ver si aparecía el dueño.

Pasó el tiempo. Nadie vino.

Atraje la gruesa edición contra mi cuerpo en franca actitud provocadora. Pero nadie dejaba los grupos que poco a poco habían ido fundiéndose en un apretado enjambre al centro del jardín. Nadie abandonaba aquel abejeo para venir a reclamar el derecho de propiedad sobre una obra que me había enamorado hasta tal punto que, de no ser tan grande como era y hallarse donde se hallaba, a la vista de todos, quizás hubiera intentado esconderla bajo mi camisa.

Ansioso, sin poder aguantarme más, entré al enjambre y averigüé. Dije que quería hablar con la persona que había subrayado muchas frases dentro de aquel libro y en especial los párrafos sobre un oscuro poeta menor que estuvo casado con María, una poeta trunca de un pueblo pequeño. Nadie se dio por enterado. Hablé en voz alta para que me oyeran, al bulto, y para mí. Dije algo sobre la desaparición de los originales de aquella muchacha. Quizás aún quedaba alguna pista que seguir dentro de aquel pueblo para encontrar los textos que —quién podría asegurar lo contrario— a lo mejor nunca fueron completamente destruidos, ¿es posible, no?

Alguien, casi al final de mi perorata, me condujo afuera. No sé si me hacían un favor o buscaban deshacerse de mí. No sé si en este punto había empezado a llamar la atención más que el tema de mi discurso, porque hablaba solo, parecía loco y me desahogaba como un borracho indeseable.

Afuera, lejos del rumor de la tertulia, volví a sentirme tranquilo. Agradecía la compañía de una persona fuerte, silenciosa, que me guiaba a través de un paisaje extraño. Por donde caminábamos, tomaba al paso nuevos recovecos y rincones, metiéndolos en mi conocimiento, entre las materias primas de mi imaginación, y disfrutaba el aumento de peso, como si en realidad aquella persona que me llevaba del brazo hubiera planeado hacerme un regalo. Tras muchas vueltas, entradas y salidas, terminé parado frente a una estrambótica arquitectura con unas costillas metálicas expuestas al aire.

Era un gigantesco puente de hierro empotrado en la tierra. Su sentido más profundo coincidía con lo más evidente. Monumento a la inutilidad de la imaginación: no unía ni separaba las orillas de ningún río, sino que se aguantaba solo, plantado en medio del polvo y dominando gratuitamente la llanura que ante nosotros se extendía como un rollo de tela bajo nuestros pies. Tierra apisonada por el sol y la lluvia, con filigranas de flores silvestres y pájaros mansos.

Recibía en ese momento la confirmación, como susurrada a mi oído, de hallarme en el pueblo de «Felipe Morgado». Me asaltaba el presentimiento de que Felipe era sólo otra invención de un poeta real y novelero que, tras una larga vida derrochada entre oficios y artificios carismáticos, había anclado en un barrio céntrico de La Habana, pero que por ratos añoraba volver al campo de su infancia y, como cosas de viejo, no había tenido forma más expedita para saciar su tentación que crear el pueblo concreto de una

personalidad retorcida, ficticia, en un raptó de fiebre literaria, el producto del contagio entre su memoria y su fantasía. La rebuscada construcción, descomunal y enrevesado puente de hierro, venía a confirmar, por alguna confusa correspondencia entre la belleza y el olvido, que el centro de gravedad de la literatura universal pasaba por allí, gota de vacío destilado.

Cuando alguien, un vecino de los más maltratados por el tiempo, explicó el proceso constructivo de aquel monumento y la historia del lugar, cumpliendo el protocolo para actos de presentación de obras públicas, fue que supe que se trataba de uno de los heterónimos del escritor Raúl Luis. Y, enseguida, quise hallarle sentido a la locura de visitar la patria pequeña de un personaje literario casi anónimo, un simulacro, una imagen de espejo sobre espejo, figura hecha apenas con pocos apuntes que había inventado un poeta a modo de esbozo biográfico para una falsa antología.

Recorrí el puente de punta a punta. Probaba el piso, me acercaba tentadoramente a las barandas, analizaba el proceso de entretejido y recorría con la vista y el tacto las uniones de metal, tornillos, soldaduras y angulares. Además, si me fijaba bien —«Mira, concéntrate», me exhortaban quienes habían quedado en tierra—, no era una sola cosa, no tenía la pobreza de un monumento monolítico destinado a llenar un punto de un mapa. Dentro de aquella construcción había más, mucho más, sólo era cuestión de dejarse llevar por el dibujo de las piezas para adivinar cada imagen oculta. Estaba allí, en algún lugar, obviamente, una puerta. Pero si uno miraba bien, no era una liviana puerta de apartamento, más bien la compuerta de una represa inmensa. Embalse para proteger a la llanura en los periodos de lluvias y, al mismo tiempo, asegurar el suministro de agua potable durante la sequía. Prometedor reducto en medio de los hierros. Se almacenaban las aguas robadas a escurrimientos y arroyos para el día de mañana. Luego, también, era un barco en que escapar. En un extremo del

puente-embalse-barco descubrí, a modo de ombligo, un medallón donde alguien había dibujado el perfil enjuto del escritor que ancló, cuando se puso viejo, entre los edificios de la capital. Cortante, igual que su nombre, destacaba el narizón de Raúl Luis como un bauprés.

Su protuberancia aparecía nimbada por cuatro versos atribuidos al poeta de carne y hueso que había vivido oculto detrás de ciertos apócrifos, o sea, al ortónimo, en caso de que fuese su existencia más demostrable que la de sus ficciones, como si se tratase de una rosa náutica y al mismo tiempo un mascarón de proa con grafitis. Versos que en ese instante me fue permitido leer, descifrar y memorizar con la gratuita ilusión de poder llevarlos conmigo, por si al regreso me veía impelido a probar mi experiencia, como Gulliver, ante cualquier auditorium.

Cada verso, según el ángulo de la rosa náutica por donde se mirase, resumía las razones del poeta para vivificar desde ese lado el sentido de su espacio natural. Creo que la patria era uno de los ángulos sobresalientes. No lo había decidido yo. Pero, en vez de patria, decía pecho. Palabras textuales, pude quedarme sólo con un par: «Felipe Morgado». De los versos, saqué en claro una construcción o un plan que apuntaba más o menos a lo siguiente: «Patria a todo pecho». Aunque, una vez que queda la oración dispuesta, no parece justa. En realidad trasluce muy poco de la tensión vivida: nada, en comparación con la realidad, porque a través de aquel lado se afirmaba una gran amplitud como de nervios y había una vela desplegándose, una sábana blanca que se estiraba, no por una brisa repentina, y mucho menos mar afuera.

Llegó una muchacha a caminar a mi lado. Nos acompañábamos probando el piso y las barandas. Y dábamos vueltas a través del puente, hombro con hombro, sin atrevernos a poner pie en tierra. Ella apenas lograba

disimular una clara insinuación amenazadora —¿sería su amenaza sólo para mí, o se dirigía a alguien más en la distancia?—: que era capaz de saltar al agua, al río imaginario, y que estaba decidida a hacerlo.

Me quedé junto a ella como atrapado en un remolino. Ya no me atrevía a dejarla sola, pero tampoco mirarle a la cara, ante el deber que sentía —envuelto en miedos y oscuros remordimientos— de darle una noticia más terrible. Debajo de nosotros no cruzaba un cauce real. Nunca había existido allí agua, y mucho menos en la abundancia que sugería aquel puente, la necesaria para arrastrar un cuerpo y hacerlo desaparecer. Me mantenía en silencio, porque sospechaba, casi estaba convencido, que era sólo otra imagen confusa, mezcla de recuerdo, imaginación y trampas literarias. Quizás el fantasma producto de una fiebre.

Prometía a través de sus ojos el atractivo y la consistencia de la neblina que insinuaban su carne y su vestido largo. Podía tratarse de otra pobre alma en pena, extraviada, perdida entre dos universos cuyas orillas jamás debían tocarse, unirse.

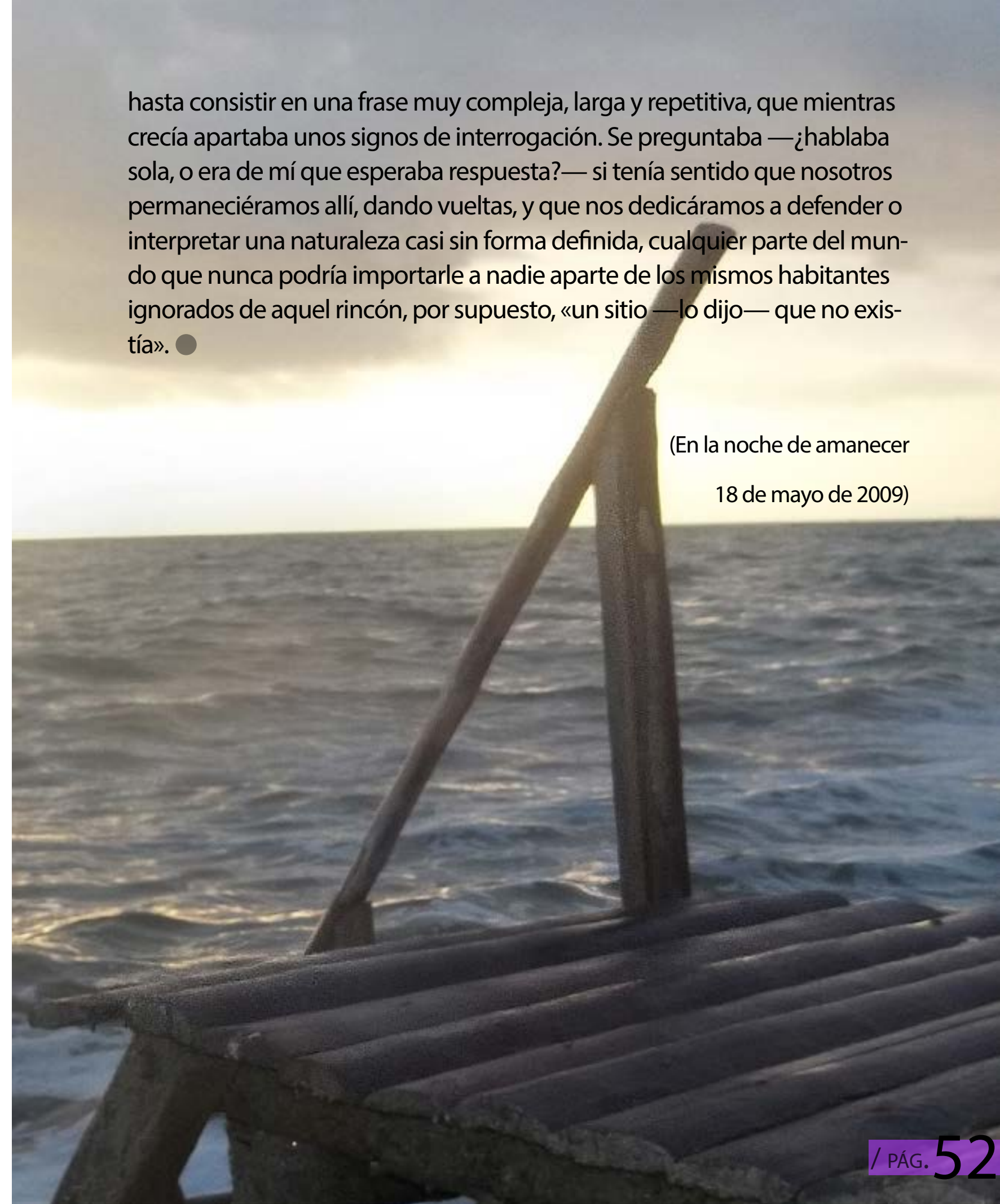
Hasta que el calor de su piel penetró en la mía y sentí el peso de su cabeza en mi hombro. Lloraba y, de pronto, encontraba apoyo entre mis brazos, y sus ojos inagotables eran los mismos ojos negros de mi esposa, la madre de mis dos hijos y que me esperaba en casa, a esa hora seguramente ansiosa, molesta.

Algo desconocido avanzó desde el fondo de su mirada para golpearme en el rostro. Tenía el brillo del regreso de la poeta suicida, la cabeza ardiente de una mujer, mía, a la que debía abrazar, mientras tuviera tiempo, con mucha fuerza, si no quería verla perderse entre la corriente del río.

El exceso de su llanto se fue volviendo poco a poco duro, articulado,

hasta consistir en una frase muy compleja, larga y repetitiva, que mientras crecía apartaba unos signos de interrogación. Se preguntaba —¿hablaba sola, o era de mí que esperaba respuesta?— si tenía sentido que nosotros permaneciéramos allí, dando vueltas, y que nos dedicáramos a defender o interpretar una naturaleza casi sin forma definida, cualquier parte del mundo que nunca podría importarle a nadie aparte de los mismos habitantes ignorados de aquel rincón, por supuesto, «un sitio —lo dijo— que no existía». ●

(En la noche de amanecer
18 de mayo de 2009)





JARDINERAS ZANJERAS



SUEÑO DE SOLEDADE

CARTAS Y POESÍA DE MODESTO SAN GIL

Chambas. 19. nov. 2012

Ileana y Francis, Hijos

Esto que les va, manuscrito, lo he tomado del libro «Mañana será después» de estos últimos días. No es una selección, pero es auténtico todo. Por favor, consérvenlo todo y si quisieran más, aquí tengo varios libros.

Si acaso hay quien quiera publicar algo, no me pregunten, háganlo.

Tengo varios poemas místicos, muy bonitos, como para revista diocesana. Si hubiere posibilidad en México o en España, en cualquier lugar, tengo de donde extraer, hay mucho.

Escribo todos los días. En octubre, en 28 días escribí «Tierra firme». En lo que queda de este mes debo tener «Mañana será después». Es que no tengo otra cosa que hacer. Además, es válvula de escape.

A mis 90 años no hay cosa más perentoria para el tránsito a la eternidad que testar todos mis bienes. Me pongo a rebuscar y sólo tengo libros verdaderos, amor, perdón, y estar listo.

En cuanto a ustedes qué decir, son parte de lo mío, que tomaré en el cielo.

Un abrazo,

Modesto

Chambas, 29.nov.2012

Ileana y Francis

Hijos

Es tiempo de arreglarlo todo. Tengo el empeño de situar las cosas donde debe ser. Mi herencia es esto: hijos, amor, alguno que otro abrazo y estos versos. Es como quedarme con mis deudas casi vivo, un poco muerto, en fin, glorioso.

Mis ansias de ascensión están, tan bien o mal como he podido, en la mística apetencia. Siempre mirando al cielo, con los pies en el suelo, los brazos en los hombros de quienes me aman, y el corazón, no sé, haga cada cual con su pedazo lo que guste. Todo será tan santo como mis sueños.

Aquí van «Salmo en espera de alivio» del libro «La caravana llega», 2012; «Hoy vi caer la lluvia», del libro «Belinda», inédito, 2012; «Una gota en la peña», del libro «Tierra firme», 2012; «Espántame estas alas», del libro «Mañana será después», 2012; y «Fiesta de pan y vino», de «Mañana será después», 2012.

Modesto

SALMO EN ESPERA DE ALIVIO

Gracias, Dios, que me has dado en noche y día
de noble compasión, lágrimas ciertas;
de abrojos de piedad, clausura y puertas,
y en leños de hosca piel, llama baldía.

Este salmo por mal cegados ojos
enciéndeme por bien y el mal apaga;
no dejes que otro mal tu bien deshaga,
ni, a cuestras, el pesar lleve a despojo.

Dame en fresca humedad mojar el pasto,
andar la sed sin aluvión nefasto
y verte el rostro sin sudor ni espina.
Dime, sí, que este pobre se encamina
sin gemido ni voz de casi duelo
sonriente, por alivio, al santo cielo.

HOY VI CAER LA LLUVIA

Hay chorrillos de lluvia y digo lava,
se me acaba la paz y no me acuesto,
me hago fuerza sin nada y me detesto,
me voy a reposar y digo acaba.

Hoy no tengo la luz que me deslumbra
pero gozo lo oscuro que me inspira;
si me encuentro el buen ver que al cielo mira
no me ciega buen sol cuando me alumbrá.

Hoy me ha dado en decir que el ogro es mío,
que no tengo que ansiar el oro frío
ni gustar el dong dong del bronce triste.

Sí sé que en este día el cielo existe,
que guardo profesión en ti inspirado,
y que al ver como llueve, estoy salvado.

UNA GOTA EN LA PEÑA

Una gota en peñasco se hizo nube,
mil pedazos saltaron y hubo duelo;
no fue cosa de herir, cobrar al suelo
la carga de volar al cielo sube.

Un sorbo de ascensión se hizo pedazos
después que todo cisco se fue lejos
y un águila espacial bebió reflejos
de sus alas en brega atando ocasos.

¿Y qué fue de aquel ángel que hubo bueno?
Se ha acunado en la cuna que fue mía.
Se fue a dormir y sueña todavía.

No se va, no me voy. Vendrá el estreno
de nuevo musitar de avemaría,
que aún dormido me reza todo el día.

QUO VADIS, DOMINE

De regreso al Calvario,
a cruz de la pasión, pagada ofensa;
volver a noche densa,
tormento necesario,
sin más medida que la inmensa.
Te bañé con mi sangre y fuiste sano,
te lloré en Los Olivos
y hubo, vivos,
el sudor de la piel y el duelo hermano,
la huida de la muerte a gloria eterna.
Hasta luego, hijo mío, mira tierna
la sangre del Calvario, ten piedad,
y te doy de mi bien eterna edad.

ESPÁNTAME ESTAS OLAS

Dios mío, venme, espántame estas olas.
¿Me ves? Mi soledad te mira,
no quiere estar a solas;
anímalas, que acaso no respira
lo poco de la paz que me ha quedado:
la angélica ilusión de edén amado.

En horas de adorar te canto penas.
¿Te vas? Espérame, te alcanzo,
me hacen falta horas buenas.
A cambio de tu reino te doy manso
lo pobre de mi siglo, un salmo leve
y un grano de mi hacer de vida breve.

Te he visto en la hondonada de mis suelos.
¿Me estás? Soy huérfano sin cuna.
Tú sabes de estos duelos
de flaca soledad en noche buena.

Pero sé que tú sabes mis anhelos:
sumarme a tu heredad ahí en el cielo.

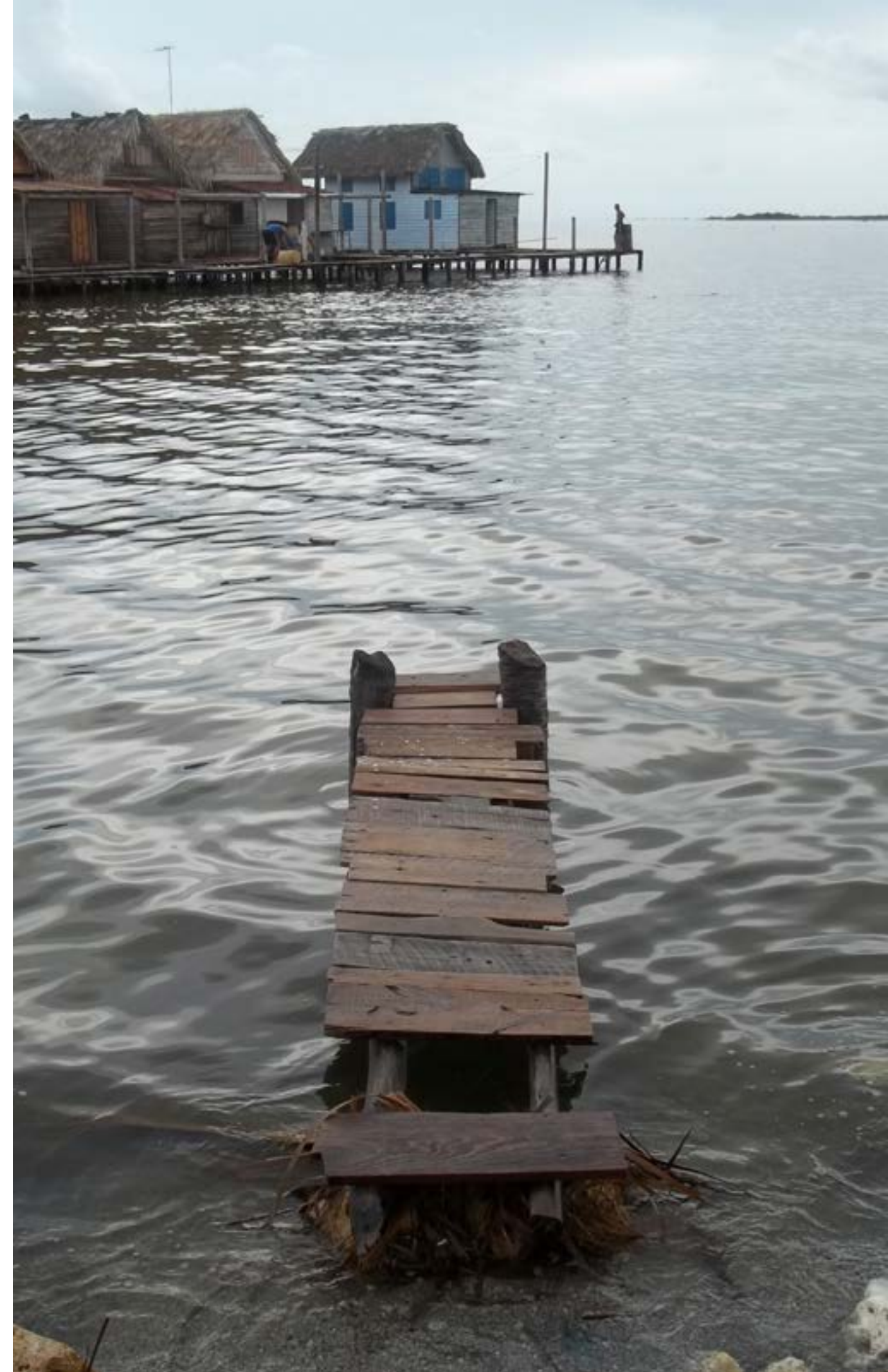
FIESTA DE PAN Y VINO

¡Aleluya, carcaj!, que hay bosque hermoso
y caza buena;
¡albricias! que hoy florece un oloroso
manejo de azucenas.

Gracias, felices días de agua y noria,
de vida y huerta:
felices nuestros hijos por la gloria
del cielo en cada puerta.

Suenan bronces y platas en cantares
de voz en fiesta
se alza la risa al cielo en los altares
y altos coros apresta.

Las hojuelas del campo baten palmas,
manos amigas
van al pan de las gentes y las almas,
el don de las espigas.
¡Salve, hosanna!, la cena celebrante,
y ven, camino
de las copas del cielo al delirante
regalo: pan y vino.



Chambas, 14 de febrero de 2013

Ileana y Francis:

Ayer y hoy, Ana con sus lamentos de prisionera en su sillón de inválida, me ha sugerido las más dulces locuras de su soledad. Ella amó siempre y aún hoy, a su madre Verena, de modo cordial, tan tierno y elemental como aquel paisaje guajiro de Bellamota y Perea de sus primeros años.

Ella no tiene consciencia de la muerte de Verena. Es algo nebuloso. A veces la alude como existente e intemporal, y se propone ir a visitarla. Todo es tierno, sereno e inmenso sueño de soledad.

Les envió copia del poema que escribí ad hoc. Es un modo muy especial de recordar el día del amor.

Un abrazo a los dos en 14 de febrero.

Modesto

CANTO DE SOLEDADES A 14 DE FEBRERO

Ana y Verena, tan lejos de su tiempo.

Soledad, soledad, qué sola estás.

Amor, amor, tan lejos de las dos.

¿Y el trago de café? Ya es tan amargo que no sé, no me gusta así tan solo...

Voy a verte, estrenando las sandalias que me diste anteayer. Aquéllas, sí, que estrené cuando fuimos, a ver, ¿cuándo? a abuela Ana, mambisa. Tú eras niña.

La vida, la vida...

¿Qué se sabe de Gil, abuelo Gil?

Yo era niña, y ya tengo eso que dicen...

que dicen... ¡tataranietos!

Esta memoria mía.

Amor, mamá, tú y yo, tan lejos.
Cualquier día me bajo de esta silla
y te busco, no sé, pregunto al pueblo
dónde estás, y qué abrazo,
qué abrazo.

Tengo una bata nueva y un peinado
como este del retrato en la pared.
El retrato se va poniendo viejo,
yo no. Si ves, mamá, cómo me cuidan.

Hoy no quise comer, porque te vi
pasar con un bastón, y era mentira.

Guárdame vianda frita, ¡ah!, y café
y... ¿qué?, ¡memoria mía!... chicharrones.

Tengo aquí los aretes de oro que me diste
cuando tuve al niño.

Te los voy a poner, mamá pepilla.

Ayer te vi y no supe que eras tú.
Ibas sola conmigo, y yo solita, y no nos vimos.
Solas tú y yo, qué lástima me da.
El sinsonte del mango lloró un poco
al ver que no nos vimos;
el perro viejo aulló, y qué susto, madre.

Allá en el viento una tojosa gime.
No te asustes;
un cernícalo y un nido, qué sé yo.

Deja que yo me escape, tú verás.
Aquí no tengo finca,
allá tenemos la vaca *josca*,
la puerca pinta,
y tú corriendo y yo sobre los surcos.
¡Ay!, qué lindo, mamá.
Mamá, qué triste.
Tú tan lejos de mí, solita, sola.

RAMMAS ADELANTRO



ÁRBOL QUE NACE INVERTIDO

*Árbol que nace invertido
jamás su tronco endereza.*

MANUEL SOSA

Sólo dos versos octosílabos, en esto consistió el correo electrónico enviado por el poeta Manuel, o el amigo Manolo, respuesta a la noticia de que la revista *Árbol Invertido* había perdido el apoyo del CPLL (Centro Provincial del Libro y la Literatura), lo que significaba una especie de autorizo para la tala. Entonces recibíamos notas solidarias semejantes desde muchas partes —corría el mes de marzo de 2006—, porque previamente habíamos circulado el siguiente mensaje que se reprodujo en sitios de internet:

Árbol invertido fue, hasta el mes anterior, publicación electrónica amparada por una institución estatal cubana, el Centro Provincial del Libro y la Literatura de Ciego de Ávila. Esta institución ha decidido retirarle su apoyo. A partir de ahora, los realizadores, Ileana Álvarez y Francis Sánchez, trataremos de mantenerla con vida como podamos, quizás haciendo uso todavía del correo electrónico, aún no sabemos si con la misma frecuencia mensual —realmente será en el tiempo que nos deje la lucha por la supervivencia y con los medios que se nos permita—. Sí tenemos garantizada desde ya cierta ventaja: disfrutar una mayor independencia personal; claro, con tantos sacrificios y tanta incertidumbre como esto puede significar hoy en Cuba. El *Árbol Invertido* lo hicimos circular cada mes por correo electrónico. Hubo

intentos de alojarlo en el sitio de la Dirección Provincial de Cultura de Ciego de Ávila (www.ornofay.cult.cu), esfuerzo cuyo fracaso no viene al caso describir, así parece que aún puede verse allí el número cero, correspondiente a febrero del 2005, y quedan por ahí otros números aparentemente instalados pero que no abren. Salud y suerte les deseamos a todos los amigos y lectores de buena voluntad. Parados de cabeza podemos empezar a ver las cosas de modo diferente. Las raíces, al viento.

A nuestro clamor, acudieron autoridades del Ministerio de Cultura interesadas en el asunto, hubo reuniones, y la pequeña revista —nacida en febrero de 2005, poco más de un año antes— volvió a contar con el patrocinio de una institución que le garantizase una fotosíntesis aparentemente normal. A partir de ese momento, recibiría hospedaje en el portal web de la Dirección Provincial de la Cultura.

Se diseñó un perfil, se mantuvo el dibujo de Sigfredo Ariel como identificador —arbolillo venido desde las entrañas—, y se crearon las bases de datos electrónicas que empezaron a actualizarse mensualmente con la salida de cada número. Entre los contenidos definitorios de la publicación destacaba la poesía, pero, si ello al principio implicaba excluir otras formas, poco a poco fue abriéndose el espectro de temas y géneros, sin abandonar la idea de que el fermento esencial del lenguaje creativo reside en el impulso ascendente de la lírica.

Constituía un proyecto no mediatizado por intereses institucionales y oficiales como usualmente ocurre con los medios de expresión. Se promovía la libre compañía de autores que «venían» de todas partes y hacia todas partes «iban», con cualquier credo, incluidos los del exilio

cubano. Y el proyecto digital devino, a través de los cuatro años que sobrevivió, puerta de salida hacia «el gran tiempo», pero también entrada, quicio de encuentros en la individualidad de dos poetas empeñados en defender el derecho a habitar una voz propia, un espacio íntimo y abierto a través del coro y los ruidos de la sociedad, por eso quienes llegaban hasta el sitio web podían leer, en la página inicial, esta presentación:

Árbol invertido [...] es obra personal de los escritores Ileana Álvarez y Francis Sánchez. Constituye un espacio para el (re)conocimiento y la confluencia de la literatura y las ideas que la abonan. Aunque deviene genuina expresión nuestra, alternativa personal, pendiente de circunstancias aquí y ahora, la proyectamos mejor que nosotros: sin limitaciones, sin fatalismos geográficos, históricos o estéticos. Desde estas páginas, abiertas a la colaboración de escritores de todo el mundo, intentamos cobijarnos por medio de las palabras en aquella «aristocracia de intemperie» a que llamaba el poeta Juan Ramón Jiménez.

Nos interesa sobre todo la promoción de las personas y la cultura que mantiene en su centro al individuo como rasgo de la riqueza de un sistema imaginario fundado en una aproximación a ideales de libertad y diversidad. Resulta ardua empresa hacer posible un nuevo número cada mes. Confiamos en que los verdaderos florecimientos llegarán por acumulación, resultado de ese «rasguño en la piedra» de que hablaba José Lezama Lima, «el paso del mulo en el abismo». [...] Las ilustraciones que preferimos son los propios rostros de la gente que hace y piensa la literatura.

El ideal de «libertad y diversidad» se mantuvo con anclaje en la poesía. La medida casi provinciana de una empresa íntima, y mínima, no constituía precariedad que aspirásemos a superar, sino todo lo contrario, forma capsular de la autenticidad ansiada en un ambiente afectado por las sobredimensiones y la caricatura.

Ajustado a la austera necesidad de toda raíz aparentemente detenida bajo tierra como rama sobre el aire, está el ser del bosque, la razón de ser primigenia, espesura mayor que la de los árboles que se repiten y reúnen. Y si un concurso internacional se auspició, este fue, claro — en armonía con tal «ambición»—, para haiku. Compartir simpatías, personalidades, y establecer cálido contacto, también quedaba explícito desde la política de ilustrar acudiendo a los rostros de los autores. Levadura de la revista lo era el resultado de ese intercambio de presencias. Un cordial botón de muestra lo tenemos en la décima de un poeta cubano residente en Miami, Francisco Henríquez:

ÁRBOL INVERTIDO

*Me monto en mi chevrolet
para dar un recorrido
por el Árbol Invertido
—la Cuba en el Internet—.
Viven allí en su chalet
Francis y la culta Ileana,*

*que la décima cubana,
desde ese país del cielo,
ponen en airoso vuelo
con la meta en el mañana.*

Se contó con la ayuda del Frente de Afirmación Hispanista y su presidente, Fredo Arias de la Canal. Pero se dependía de un sitio web. Entre atrasos, baches y dificultades, *Árbol...* empezó a «sufrir las ventajas» de verse colgada a una institución con escasas posibilidades, y dudosa voluntad, de darle apoyo. No obstante, la revista existía, alcanzaba resonancia entre la comunidad intelectual, por eso en representación suya asistía Francis Sánchez al primer festival de publicaciones culturales electrónicas organizado por Andrés Mir y su proyecto *Esquife*, bajo auspicio de la AHS (Asociación Hermanos Saíz) nacional. Este evento, rara mezcla de diálogo entre participantes y ambiente de censura para el público, se desarrolló en el Museo Nacional de Bellas Artes y la Casa de la Poesía, en La Habana, a finales del 2009. Lo cierto es que a *Árbol Invertido* le había llegado por esos mismos días la hora de no salir más, y a nadie le importaría aparte de sus realizadores, ya sin deseo de clamar.

El último número, correspondiente a septiembre de 2009, vino a rendir homenaje al poeta Roberto Manzano que arribaba a su 60 cumpleaños. Para ese momento se había inaugurado una nueva dimensión del proyecto como matriz de producciones audiovisuales, con el estreno del corto «Árbol invertido», a partir del poema de Ileana Álvarez, y el documental «Patria de mis ojos», sobre el sexagenario autor de *Canto a la sabana*, poemario cumbre de la «poesía de la tierra», escrito en la

ciudad de Ciego de Ávila en 1975 y que, por su acendrada pertenencia lírica en un medio hostil, había tenido que pagar con unos veinte años de ineditez.

Sobrevino aparentemente el fin de la publicación. Parecía definitivo. Sin embargo, ahora nos encargamos de que haya significado sólo el cierre de una etapa. Algunos escritores, fundamentalmente poetas, hemos decidido retomar el proyecto para fundar el Grupo Literario «Árbol invertido» y relanzar, con nuevo aire, la revista del mismo nombre.

Reconocemos el valor del *Árbol...* «personal» en su primera etapa digital, cuya identidad asumimos, su historia, su instinto o perspectiva, pero con la idea de llevar adelante un proyecto nuevo.

Impresa, frecuencia cuatrimestral, la nueva publicación no será sólo el órgano de difusión del Grupo, pues esperamos dar a conocer las obras de quienes se decidan a colaborar. Solicitamos colaboraciones (sin que podamos pagar derechos de autor) que cumplan, por única norma, con la «regla de oro» o ley universal del amor y aspiren, también, junto con nosotros, a «*verlo todo distinto*». Ah. ●

GRUPO LITERARIO

«ÁRBOL INVERTIDO»

Abril, 2013

ÍNDICE

ÁRBOL INVERTIDO

I ÉPOCA (2005-2009)

AÑO I, 2005:

Febrero - No. 1.

(Portada: Luis Manuel Pérez Boitel)

Poemas de Carmen Hernández Peña.

«Boitel, poeta sin remedios» (entrevista) / Francis Sánchez.

«El Haikú, algo de técnica» / Francis Sánchez.

Marzo - No. 2.

(Portada: Roberto Manzano e Ibrahím Doblado)

Poemas de Aimée González Bolaño.

«Ibrahím en el poético bregar» (entrevista) / Francis Sánchez.

«Carta Primera de Rilke a un joven poeta» / Luis Manuel Pérez Boitel.

Abril - No. 3.

(Portada: Expedición de Jóvenes Poetas Cubanos)

Poemas de Pedro Evelio Linares.

«Fredo Arias, la verdad de algunos sueños» (entrevista) / Francis Sánchez.

“Inventario de una expedición” / Edel Morales.

Mayo - No. 4.

(Portada: José Ramón Sánchez)

Poemas de Ibrahím Doblado.

«José Ramón Sánchez brevemente» (entrevista) / Francis Sánchez.

Prólogo a *Poesía joven de Cuba* / Roberto F. Retamar y Fayad Jamís.

Junio - No. 5.

(Portada: Martha Núñez)

Poemas de José Ramón Sánchez.

«Martha Núñez, la vida y el viaje» (entrevista) / Ileana Álvarez.

«Naderías» / Catulo.

Julio - No. 6.

(Portada: Modesto San Gil)

Poemas de Winston Morales.

«Modesto San Gil iba a ser sacerdote» (entrevista) / Francis Sánchez.

Poesía y Biografía de Pura del Prado.

Agosto - No. 7.

(Portada: Sigfredo Ariel)

Poemas de René Coyra.

«Carta (inédita) a Sigfredo Ariel» (ensayo) / Luis M. P. Boitel.

Poesía de Marina Tsvetáeva.

Biografía de Mirta Aguirre.

Septiembre - No. 8.

(Portada: Pedro Alberto Assef)

Poemas de Pedro Alberto Assef.

«Carta (inédita) a Ileana Álvarez» (ensayo) / Luis M. P. Boitel.

Poesía de Alexandr Blok.

Biografía de Emilio Ballagas.

Octubre - No. 9.

(Portada: Francis Sánchez y Luis M. Pérez Boitel)

Poemas de Celestina Bencomo.

«La (o)racionalidad de Boitel» / Francis Sánchez.

«El adjetivo y sus arrugas» / Alejo Carpentier.

Biografía de Silvestre de Balboa.

Noviembre - No. 10.

(Portada: Bisleysi González)

Poemas de Bisleysi González.

«Lo femenino en la poesía cubana (1ra parte)» / Ileana Álvarez.

«Meditación primera» / Sta. Teresa de Jesús.

Biografía de Esteban Borrero.

Diciembre - No. 11.

(Portada: Anna Ajmátova)

Poemas de Antonio González.

«Lo femenino en la poesía cubana (2da parte)» / Ileana Álvarez.

Poesía de Anna Ajmátova.

Biografía de Regino E. Boti.

AÑO II, 2006:

Enero - No. 12.

(Portada: Reina María Rodríguez)

Poemas de Francis Sánchez.

«Lo femenino en la poesía cubana (3ra parte)» / Ileana Álvarez.

Poesía de Alexandr Blok.

Biografía de Mariano Brull.

Febrero - No. 13.

(Portada: Liudmila Quincoses e Ileana Álvarez)

Poemas de Vivian Dulce Vila.

«Lo femenino en la poesía cubana (4ta parte, final)» / Ileana Álvarez.

«Tabaquería» / Fernando Pessoa.

Biografía de Eugenio Florit.

Marzo - No. 14.

(Portada: Dulce María Loynaz)

Poemas de Elías Henoc.

«Para una exégesis del poema La novia de Lázaro» / Ileana Álvarez.

Selección de Haikús, autores clásicos.

Biografía de Ángel Escobar.

Abril - No. 15.

(Portada: José Ángel Buesa)

Poemas de Marisol García de Corte.

«¿Poesía de la inteligencia?» / Aimée González Bolaño.

Poesía y Biografía de José Ángel Buesa.

Mayo - No. 16.

(Portada: Gastón Baquero)

Poemas de Masiel Mateos.

«El discurso homoerótico» / Arlen Regueiro.

«Jacob o idea de la poesía» / Alfonso Reyes.

Biografía de Gastón Baquero.

Junio 2006 - No. 17.

(Portada: Francis Sánchez y Reynaldo González)

Poemas de Ireneo Socarrás.

«Un panorama de la décima avileña» / Reynaldo González.

«La fuga del ángel» / Jesús Orta Ruiz.

Biografía de Samuel Feijóo.

Julio - No. 18.

(Portada: Nancy Morejón e Ileana Álvarez)

Poemas de Leidy Vidal.

«Reflejo en miniatura de Nancy Morejón» / Ileana Álvarez.

«Poemas canónicos» / Cavafis.

Biografía de Juana Borrero.

Agosto - No. 19.

(Portada: Laura Ruiz)

Poemas de Gloria María Medina.

«Tallar en el agua (sobre un libro de Laura Ruiz)» / Ileana Álvarez.

«Método de composición» / E. Allan Poe.

Biografía de José Manuel Poveda.

Septiembre - No. 20.

(Portada: Salvador Bueno, L. M. Pérez Boitel y Serafina Núñez)

Poemas de Leopoldo de Quevedo y Monroy.

«Serafina Núñez: Yo vengo de estar a solas» / Luis Manuel Pérez

Boitel.

Prólogo a *Nuevos poetas 1974* / Roberto Díaz.

Biografía de Bonifacio Byrne.

Octubre - No. 21.

(Portada: Liudmila Quincoses)

Poemas de Liudmila Quincoses.

«¿Universalidad en la poesía?» / Leopoldo de Quevedo y Monroy.

«Notas inéditas sobre Poética y Moral» / Cavafis.

Biografía de Eliseo Diego.

Noviembre - No. 22.

(Portada: Carmen Hernández Peña y Waldo Leyva)

Poemas de Modesto San Gil.

«La distancia y el tiempo: Palabras sobre un fuego futuro» / Ileana Álvarez.

«A las Parcas» / Hölderlin.

Biografía de Julián del Casal.

Diciembre - No. 23.

(Portada: Ariatna Zayas)

Poemas de Ariatna Zayas.

«Imaginación vs. Bibliografía» / Francis Sánchez.

«En un momento de debilidad» / Evgueny Evtushenko.

Biografía de Aurelia Castillo.

AÑO III, 2007:

Enero - No. 24.

(Portada: Luis Álvarez Álvarez)

Poemas de Gladys Pérez.

«Para instalarse en *Estación interior*» / Luis Álvarez.

«Hacia Valéry» / Reynaldo Jiménez.

Biografía de Juan Oscar Alvarado.

Febrero- No. 25.

(Portada: Antología poética *Cuarto creciente*)

Poemas de Olga Migdalia.

«Cuarto creciente o la sombra en la ribera» / Ileana Álvarez.

«A propósito de la traducción de un verso de Pául Valéry» / Javier Sologuren.

Biografía de Manuel de los Santos Carballo.

Marzo - No. 26.

(Portada: Pául Valéry)

Poemas de Mayda Batista.

«Para un rescate del espacio lírico» / Luis Álvarez Álvarez.

«El cementerio marino» / Pául Valéry.

Biografía de Rolando Escardó.

Abril - No. 27.

(Portada: Leandro Álvarez)

Poemas de Leandro Álvarez.

«Browning & Browning» / Luis Álvarez Álvarez.

«Prospice» / Robert Browning.

Biografía de Ignacio María de Acosta.

Mayo - No. 28.

(Portada: Alberto Sicilia)

Poemas de Alberto Sicilia.

«nuez sobre nuez bajo el sol insular de lo poético» / Jorge Ángel Hernández Pérez.

Manifiesto del Futurismo.

Biografía de José Álvarez Baragaño.

Junio - No. 29.

(Portada: Rito Ramón Aroche)

Poemas de Eduardo Pino.

«En caso de violencia y una lección de amor (entrevista con Rito Ramón Aroche)» / Dolores Labarcena.

Manifiesto del Ultraísmo.

Biografía de Nicolás Guillén.

Julio - No. 30.

(Portada: Emilio Ballesteros)

Poemas de Emilio Ballesteros.

«Cazaluces, las trampas del arcoiris» / Francis Sánchez.

Manifiesto del Creacionismo.

Biografía de Federico Milanés.

Agosto - No. 31.

(Portada: Otilio Carvajal)

Poemas de Otilio Carvajal.

«Donde Otilio pone la mano» / Francis Sánchez.

«Mi hermano Arthur Rimbaud» / Isabelle Rimbaud.

«El Hobbit da la nota» / Miguel Ángel Barroso.

Septiembre - No. 32.

(Portada: Erich Estremera)

Poemas de Erich Estremera.

«Acotaciones urgentes a una escena de la Décima» / Francis Sánchez.

Entrevista con Wislawa Szymborska (Premio Nobel 1996)

El Silencio según Escuela Tántrica Sivaíta de Madrid.

Octubre - No. 33.

(Portada: Manuel Sosa)

Poemas de Manuel Sosa.

«Meditaciones sobre un argonauta» / Elías Henoc Pernut.

Poesía Wislawa Szymborska (Premio Nobel 1996)

666 ¿el número de la bestia?

Noviembre - No. 34.

(Portada: Daniel Gutiérrez Pedreiro y Francis Sánchez)

Poemas de Martha Núñez.

«La sedición poética de Daniel Gutiérrez Pedreiro» / Francis Sánchez.

«El Mago Logan» (cuento) / Félix Sánchez.

¿Técnicas literarias como las de los hipnotizadores?

Diciembre - No. 35.

(Portada: Taller Literario de Sancti Spíritus)

Poemas de Antonio Rodríguez Salvador.

«Espacio para la ambigüedad poética» / Yoandry Infante Zamora.

«Lunares de soledad» (cuento) / Manuel Antonio Morales Felipe.

Diálogo con María Kodama, viuda de Jorge Luis Borges.

AÑO IV, 2008:

Enero - No. 36.

(Portada: Raúl Luis y Francis Sánchez)

Poesía de Fernando Iglesias (heterónimo de Raúl Luis)

El Cazador (novela, fragmento) / Raúl Luis.

«Expediente del soneto “Celos ¿el último caso del inspector?”» /

Francis Sánchez.

«Celos» del doctor Zen / Luis Rogelio Nogueras.

Febrero - No. 37.

(Portada: Plácido Forján, heterónimo de Raúl Luis)

Poesía de Plácido Forján.

«Sentido y valor de la Literatura en la crítica martiana» / Leidy Vidal.

«Mariela» (cuento) / Lina Leyva.

Bases del concurso Premios Videncia 2008.

Marzo - No. 38.

(Portada: Narradores Jóvenes de toda Latinoamérica)

Poesía de Jacinto Luis Umbral (heterónimo de Raúl Luis)

«Una Libra de Van Gogh» (cuento) / Félix Sánchez.

«Postal para tu regreso» (cuento) / Edgardo Florian.

«Toponimia (origen del nombre) de Cuba» / Acela Caner Román.

Abril - No. 39.

(Portada: Amaury Pacheco y Luís Eligio, poetas del grupo OMNI en Ciego de Ávila)

Poemas de Luís Eligio.

«Que la poesía sea algo de urgencia» (entrevista a Luís Eligio) / Kirenia Legón.

«El Mito de la Caverna» / Platón.

«Ladridos» (cuento) / Yunier Riquennes.

Mayo - No. 40.

(Portada: Miguel del Campo y otros narradores latinoamericanos)

Poemas de Amaury Pacheco.

«El derecho a pedirle Asilo a Miguel» / Francis Sánchez.

«Los Diez Mandamientos de un Escritor» / Stephen Vizinczey
Asilo (novela, capítulo primero) / Miguel del Campo

«Retorno a Cyteres» [crítica, artes plásticas] / Leydis Izaguirre Jerez

Junio - No. 41.

(Portada: Ángel Lázaro Sánchez, *Barquito*)

Poemas de Ángel Lázaro Sánchez.

«*Barquitos* y otras herejías» / Francis Sánchez.

«Este no es el cuento del tipo... » (cuento) / Ángel Lázaro Sánchez.

(Especial) Versos a la memoria de *Barquito*. Poemas de Otilio Carvajal, Pedro Alberto Assef, Mildre Hernández y Reinaldo Hernández Soto.

Julio - No. 42.

(Portada: Nadia Villafuerte y otros narradores latinoamericanos)

Poemas de Jorge Bousoño.

«¡Diles que no me maten!» (cuento) / Juan Rulfo.

«Cajita feliz» (cuento) / Nadia Villafuerte.

Agosto - No. 43.

(Portada: Lázaro Zamora Jo)

Poemas de Lázaro Zamora Jo.

«Universitando la poesía de Rito Ramón Aroche» / Ismael González Castañer.

«Borges, el ciego iluminado» / Leopoldo de Quevedo.

Septiembre - No. 44.

(Portada: Oneyda González, Gustavo Pérez, Ileana Álvarez)

Poemas de Oneyda González.

«Aconteseres en el borde. *Le simulacre est vrai*» / Ileana Álvarez.

Sonetos de Matilde Urrutia / Pablo Neruda.

«El sueño» (cuento) / O. Henry.

Octubre - No. 45.

(Portada: César López)

Poemas de Alma Rosa.

«César López. Su más exacto eco» (entrevista) / Francis Sánchez.

«Mi filosofía» / Woody Allen.

«Ciudades Mujeres» / Leopoldo de Quevedo.

Noviembre - No. 46.

(Portada: José Raúl Fraguera, Eldys Baratute y Francis Sánchez)

Poemas de José Raúl Fraguera.

«Con raíz noble, la poesía de Celestina Bencomo» / Ileana Álvarez.

«Los poetas novohispanos» / Carmen Rosa Castellón.

Decálogo para ser un buen escritor / Anónimo.

Diciembre - No. 47.

(Portada: Raúl Doblado del Rosario)

Rosita Guevara. La musa suicida / Francis Sánchez.

«Sueña, Ibrahim, sueña. El diálogo que no cesa» / Ileana Álvarez.

«Íntima pugna» (poemas) / Raúl Doblado.

«En la boca del pez» (cuento) Ibrahim Doblado.

AÑO V, 2009:

Enero - No. 48.

(Portada: Celebración de los 400 años de la Literatura Cubana en Camagüey)

Poemas de Rafael Almanza.

«El eterno sabor del mito, o cuando un eco crítico muere» / Ileana Álvarez.

«Tulio y los elefantes verdes» (novela, fragmento) / Félix Sánchez.

«Un epitafio famoso, un altar a la décima» / Francis Sánchez.

Febrero - No. 49.

(Portada: Festival «Poesía sin fin», Alamar, La Habana)

Poemas de Iván Grizzle.

«¡Caña, coño!» / Francis Sánchez.

«Poetas» / Ciro Bianchi.

«Muchacho azul» (cuento) / Eldys Baratute.

Marzo - No. 50.

(Portada: Yanuva León)

Poesía venezolana contemporánea.

«Ejercicio de Heraldito» / Otilio Carvajal.

Cuentos de Marco Gentile.

«Donde se hablará de tesoros escondidos» / José Gabriel Quintas.

Las publicaciones del Frente de Afirmación Hispanista / Francis Sánchez.

Abril - No. 51.

(Portada: Juan de Mal Lara)

Selección de Décimas Malaras Contemporáneas.

«Génesis de la décima malara» / Fredo Arias de la Canal.

«Mística pasionaria» / Juan de Mal Lara.

«Redondillas» / Vicente Espinel.

Cuentos cubanos anónimos en décimas.

Los trágicos amores de Gloria Rangel (novela en décimas. 1ra parte) / Chanito Isidrón.

La gota de Francisco Henríquez (décimas cruzadas entre varios)

Acuse de recibo: libros comentados de Altolaguirre, García Herrera, Granizo... y una joya del siglo XVIII.

Mayo - No. 52.

(Portada: Mayra Margarita Mendoza)

Poemas de Mayra Margarita Mendoza.

«El imaginario poético de Mayra M. Mendoza: como un tibio olor a albahaca» / Ileana Álvarez.

«Fresa y amalgama» / Cuento de Ana D'ernán.

«Los trágicos amores de Gloria Rangel» (Novela en décimas. 2da parte) / Chanito Isidrón.

«Sangre» (Dossier de Escritores del municipio Baraguá)

«Epitafios de nadie» / Francis Sánchez.

Junio - No. 53.

(Portada: Poetas en XX Jornada de la poesía en Sancti Spíritus. Carlos Esquivel, Rito Ramón Aroche, Caridad Atencio, Domingo Alfonso, Ileana y Francis)

Cuba, la isla infinita (poemario, fragmento) / Francisco Jesús Muñoz Soler.

«Literatura Spam» / Pablo Paniagua.

«Literatura Fractal» / Pablo Paniagua.

«La manito la tengo quemada» (novela, fragmento) / Otilio Carvajal.

«Poemas de Miedo y Exilio» (poesía) / Raúl Tápanes López.

«Memorias de un polizón (XX Jornada de la Poesía Cubana)» / Francis Sánchez.

«Antología del soneto oral-traumático, cósmico y erótico» (poemario, fragmento) / Francisco Henríquez.

Julio - No. 54.

(Portada: Andrés Casanova)

Poemas de Andrés Casanova.

«Las revistas avileñas de las cuatro primeras décadas del siglo xx» (1ra parte) / Ileana Álvarez.

«En voz alta (antología mínima)» / Raúl Henao.

«Cuestión de oficio» (cuento) / Andrés Casanova.

«El primer libro impreso en Ciego de Ávila» / Ángel Cabrera.

«Camino de los caminos» / Humberto Senegal.

«Criaturas de un sueño» (poesía) / Juan Manuel López.

Agosto - No. 55.

(Portada: Manuel González Busto)

«El secreto de la cueva» (poesía) / Albino Suárez

«Las revistas avileñas de las cuatro primeras décadas del siglo xx»
(2da parte) / Ileana Álvarez.

«Pesadillas» (cuento) / Ariel Fonseca.

«Los hombres de Ciego de Ávila (1893)» (semblanzas en versos,
fragmento) / Andrés de Piña Varona.

«Palabras en la noche» (poemario, fragmento) / Carlos Sotuyo.

«Mi culpa de romántico» (poesía) / Manuel González Busto.

«Chincha Coja» (crónica) / Ileana Álvarez.

Septiembre - No. 56.

(Portada: Roberto Manzano)

Poemas de Dolan Mor.

«Manzano, el árbol que canta» / Francis Sánchez.

«Canto a la sabana» (poemario, fragmento) / Roberto Manzano.

«Décima a la revista *Árbol invertido*» / Francisco Henríquez.

«Singular captación de lo universal femenino (pintor Carlos Busti-
llos)» / Ileana Álvarez.

«Golpes... como de Dios. Disensiones en torno a la poesía religiosa
en Cuba » / Francis Sánchez.

Nuevo número de *Norte*, y otros libros (acuse de recibo) / Francis
Sánchez.

Disco y video «*Árbol invertido*» (Producciones *Árbol Invertido*).



SERVICIO
DE
AIRRE